

PLANNED CHAOS



Ludwig von Mises

El título proviene de la descripción que Mises hace de la planificación central y el socialismo, ya sea de la variedad nacional (nazismo) o la variedad internacional (comunismo). En lugar de crear una sociedad ordenada, el intento de planificación central tiene precisamente el efecto contrario, cortocircuita el mecanismo de precios, crea aletoriedad y destruye las bases de la prosperidad. Esta importante obra se escribió décadas después del ensayo original de Mises sobre el cálculo económico e incluye el ataque más amplio y más audaz de todas las formas de control estatal.

Ludwig von Mises

Caos Planificado

Título original: *Planned Chaos*
Ludwig von Mises, 1947

INTRODUCCIÓN

El rasgo característico de esta época de dictadores, guerras y revoluciones consiste en su prejuicio anticapitalista. La mayoría de los gobiernos y de los partidos políticos están ansiosamente dispuestos a limitar la esfera en que se desarrollan la iniciativa individual y la empresa libre. Es un dogma que casi no se discute el que el capitalismo ha terminado su misión y que el advenimiento de una regimentación integral de las actividades económicas es a la vez inevitable y muy deseado.

A pesar de ello, el capitalismo aún da señales de gran vigor en el hemisferio occidental. La producción del régimen capitalista ha hecho notables adelantos, inclusive en estos últimos años. Los métodos de producción progresaron considerablemente y los consumidores han recibido efectos mejores y más baratos y otros muchísimos artículos de que no se tenía idea sino hasta hace poco tiempo. Muchos países han ampliado el tamaño de sus instalaciones industriales y mejorado la calidad de sus manufacturas. A pesar de la política anticapitalista de todos los gobiernos y de casi todos los partidos políticos, el modo de producción del sistema capitalista sigue llenando la función social de abastecer a los consumidores, como se dijo, con efectos mejores, más baratos y en mayor cantidad.

No hay que atribuir a mérito de los gobiernos, de los hombres de Estado y de los jefes de los sindicatos obreros, el hecho de que se haya elevado el nivel de vida de los países donde impera el principio de la propiedad privada de los medios de producción. La circunstancia de que la mayor parte de las familias de los Estados Unidos de América sean dueñas de un automóvil o de un aparato de radio, no debe anotarse en el crédito de las oficinas y grupos burocráticos, sino en el crédito de los grandes negocios. El aumento del consumo per cápita en los países americanos, comparado con las condiciones que prevalecían hace un cuarto de siglo, no es el resultado de leyes o decretos oficiales; es obra de los hombres de negocios, que ampliaron la capacidad de sus fábricas o fundaron otras nuevas.

Se debe hacer hincapié en este punto, porque nuestros contemporáneos se hallan inclinados a pasarlo por alto. Aprisionados en la superstición del estatismo y de la omnipotencia gubernamental, sólo se preocupan de cuanto se refiere a medidas que dictan los gobiernos, pues todo lo esperan de la acción autoritaria y muy poco de la iniciativa y espíritu emprendedor de los particulares. Sin embargo, el único medio de aumentar el bienestar es el incremento del volumen de la producción, que es precisamente la meta de los negocios.

Parece grotesco que se hable más sobre las excelencias de la «Tennessee Valley Authority» que acerca de las proezas sin precedente ni paralelo de las industrias norteamericanas de transformación, pertenecientes a la iniciativa privada. No obstante, debido a estas industrias fue posible la victoria de las Naciones Unidas en la última guerra.

El dogma de que el estado o el gobierno es la encarnación de todo lo bueno y benéfico, y de que los individuos son unos subordinados despreciables, dedicados exclusivamente a infligir daño a su prójimo, por lo que necesitan estar bajo un tutor, casi no se discute en la actualidad. Resulta sacrilegio refutarlo, por más suave que sea la forma en que se haga, y a quien proclama la deidad del estado y la infalibilidad de sus sacerdotes, los burócratas, se le considera como un estudioso imparcial de las ciencias sociales. En cambio, quienes objetan tal estado de cosas son considerados como hombres imbuidos de prejuicios y como estrechos de criterio. La

separación de la iglesia y el estado no libró a las escuelas del dominio de un dogmatismo intolerante; se conformó con sustituir nuevos dogmas a los antiguos, pues quienes apoyan la nueva religión de la estatolatría son más fanáticos aún que los musulmanes que conquistaron África y España.

La historia designará a nuestro tiempo como la era de los dictadores y los tiranos. Aunque en los últimos años hemos presenciado la caída de dos de estos inflados superhombres, sobrevive todavía el espíritu que elevó al poder autocrático a esos bribones. Este espíritu inspira los libros y periódicos, habla por boca de profesores y políticos, se manifiesta en los programas de los partidos, las obras teatrales y las novelas. Mientras tal espíritu prevalezca no podremos esperar que existan la paz duradera y la democracia, que se salvaguarde la libertad y que mejore progresivamente el estado económico de los pueblos.

I

El Fracaso del Intervencionismo

Nada es más impopular en nuestros días que la economía de mercado libre, esto es, el sistema capitalista. Todo aquello que se considera como poco satisfactorio se imputa al capitalismo. Así, los ateos lo hacen responsable de que exista la religión cristiana, las encíclicas papales lo acusan de que se hayan diseminado la irreligión y de los pecados que cometen nuestros contemporáneos, y las iglesias y sectas protestantes no se quedan a la zaga para enjuiciar la codicia de los capitalistas. Los pacifistas consideran que las guerras que hemos sufrido son producto del imperialismo capitalista e, igualmente, los obcecados provocadores nacionalistas de la guerra, en Alemania e Italia, denunciaron al capitalismo por su pacifismo «burgués», contrario a la naturaleza humana y a las inmutables leyes de la historia. Los predicadores le atribuyen el desmembramiento de la familia y el aumento de la vida licenciosa, en tanto que los «progresistas» lo tachan de ser el responsable de que se conserven las reglas que declaran anticuadas sobre continencia sexual. Casi todas las personas están acordes en que la pobreza es resultado del sistema capitalista y, por otro lado, muchos deploran el hecho de que este sistema, en el plan de servir con largueza los anhelos de la gente deseosa de tener más distracciones y mejor modo de vivir, provoca un craso materialismo. Estas

contradictorias acusaciones al capitalismo se destruyen unas a otras, pero subsiste el hecho de que quedan muy pocas personas que no lo condenen en una forma o en otra.

Aunque el capitalismo es el sistema económico de la civilización occidental moderna, la política de todas las naciones occidentales se guía por ideas completamente anticapitalistas. La finalidad de esta política Intervencionista no es preservar el sistema capitalista, sino sustituirlo por una economía mixta, la cual se da por sentado que no es capitalismo ni socialismo, y se describe como un tercer sistema, que se halla alejado tanto de una como de otra de estas doctrinas. Se arguye que está situado en medio de ambas, por lo que conserva las ventajas de las dos, y evita los defectos inherentes a cada una de ellas.

Hace más de medio siglo, la figura sobresaliente en el movimiento socialista británico, Sidney Webb, declaró que la filosofía socialista no es «sino la afirmación consciente y explícita de los principios de organización social que se han adoptado inconscientemente en muchas partes»; y añadió que la historia económica del siglo XIX fue «un testimonio casi continuo del progreso del socialismo»^[1]. Pocos años más tarde, un eminente hombre de estado inglés, Sir William Harcourt, declaró: «Todos somos ahora socialistas»^[2] Cuando en 1913 el americano Elmer Roberts publicó un libro sobre la política económica del gobierno imperial alemán, según fue conducida después de 1870, la llamó «socialismo monárquico»^[3].

Sin embargo, no es correcto identificar sin más ni más al intervencionismo con el socialismo. Hay muchos partidarios del intervencionismo que lo consideran el método más apropiado para llegar — paso a paso— al socialismo pleno. Pero también existen muchos intervencionistas que no son socialistas completos, sino que tienen por meta el establecimiento de la economía mixta como un sistema permanente de dirección económica. Su finalidad es restringir, regular y perfeccionar el sistema capitalista a través de la intervención del gobierno en los negocios y del sindicalismo.

Con objeto de tener una total comprensión del funcionamiento del intervencionismo y de la economía mixta es necesario esclarecer dos

puntos:

Primero: Si en una sociedad que se funda en la propiedad privada de los medios de producción algunos de estos medios pertenecen al gobierno o a los municipios, y están manejados por ellos, no por esto se instituye un sistema mixto, que combinaría el socialismo y la propiedad privada. Mientras solamente ciertas empresas individuales se hallen controladas por el poder público, las características de la economía de mercado libre que determinan la actividad económica permanecerán esencialmente sin alteración. Al igual de las privadas, las empresas de propiedad pública habrán de ajustarse al mecanismo de la economía de mercado en su calidad de compradoras de materias primas, de artículos semielaborados y de trabajo, así como de vendedoras de bienes y servicios. Estarán sujetas a las leyes del mercado y tendrán que luchar para obtener ganancias o, cuando menos, para evitar pérdidas. Cuando se intenta mitigar o eliminar esta dependencia mediante la absorción de las pérdidas de estas empresas por medio de subsidios otorgados con fondos públicos, el único resultado es que tal dependencia se traslada a otro lugar. Ello se debe a que los elementos para cubrir los subsidios deben tomarse de alguna parte. Pueden obtenerse por la vía fiscal, pero el peso de esta medida tiene que soportarlo el público y no el gobierno. Es, pues, el mercado y no las oficinas recaudadoras el que decide sobre quién recae el gravamen y el grado en que afecta a la producción y al consumo. El mercado y sus leyes ineludibles siguen ejerciendo supremacía.

Segundo: Dos diferentes modelos existen para la realización del socialismo. Uno de ellos —podemos llamarlo marxista o ruso— es puramente burocrático. Todas las empresas económicas se convierten en departamentos del gobierno, de igual modo que lo son el ejército y la marina o el servicio postal. Cada fábrica, taller o granja mantiene la misma relación hacia el organismo central superior que la que guarda una oficina de correos con respecto al director general de este ramo. La nación entera forma un solo ejército de trabajadores bajo servicio obligatorio, cuyo comandante es el jefe del estado.

El segundo modelo —al que podemos nombrar sistema alemán o *zwangswirtschaft*^[4]— difiere del primero en que conserva la propiedad privada de los medios de producción, la intervención de los empresarios y el intercambio en los mercados aunque sólo en apariencia y nominalmente. Los llamados empresarios pueden comprar y vender, pagar a sus trabajadores, contraer deudas y cubrir intereses y amortizaciones, pero ya no son empresarios. En la Alemania nazi se les llamaba directores de taller o *betriebsführer*. El gobierno indica a estos empresarios aparentes qué deben producir y cómo, a qué precios y de quién deben comprar, a qué precios y a quién deben vender. El gobierno decreta los salarios que han de percibir los trabajadores y a quién deben los capitalistas confiar sus fondos y en qué condiciones. El intercambio en el mercado se convierte en un mero simulacro. Como todos los precios, salarios y tasas de interés los fija la autoridad, son precios, salarios y tipos de interés solamente en apariencia, y en realidad representan sólo los términos cuantitativos de las órdenes autoritarias que determinan el ingreso de cada ciudadano, su consumo y su nivel de vida. La producción la dirige la autoridad, no los consumidores. El consejo central de la producción es supremo, y los ciudadanos no son otra cosa que empleados públicos. Este es el socialismo con la apariencia externa del capitalismo. Se retienen algunos de los rótulos de la economía capitalista de mercado, pero denotan algo por completo diferente de lo que significan en dicha economía.

Es necesario señalar este hecho para evitar que se confundan el socialismo y el intervencionismo. El sistema que entorpece la economía de mercado o intervencionismo, difiere del socialismo en el hecho de que todavía es una economía de mercado. La autoridad pretende influir sobre este último por medio de su poder coercitivo, pero no quiere eliminarlo por completo. Desea que la producción y el consumo se desarrollen en condiciones diferentes de las que prescribiría un mercado sin trabas; quiere conseguir su objeto inyectando en el funcionamiento del mercado órdenes y prohibiciones para cuya efectividad cuenta con el poder de la policía y con su organización de fuerza y coacción. Sin embargo, estos son casos de intervenciones aisladas. Sus autores afirman que no pretenden reunir estas

medidas en un sistema integrado de manera total, que regule todos los precios, salarios y tipos de interés, y que de esta manera ponga el control absoluto de la producción y el consumo en manos de las autoridades.

No obstante, los métodos del intervencionismo están condenados al fracaso, lo cual significa que las medidas intervencionistas deben necesariamente conducir a la creación de situaciones que, desde el punto de vista de sus propios partidarios, son menos satisfactorias que el estado de cosas anterior que dichas medidas trataban de corregir. Esta política es, por tanto, contraria a su propósito mismo.

Los salarios mínimos, ya sean impuestos por decreto del gobierno o por presión de los sindicatos obreros, resultan inútiles si fijan tasas iguales a las que habría establecido el mercado. Pero si por estos medios artificiales se trata de elevar los salarios por encima del nivel que habría sido consecuencia del mercado libre en materia de trabajo, entonces dan origen al desempleo permanente de una gran parte de la masa potencial de los obreros.

El hecho de que el gobierno se dedique a gastar no es suficiente para crear empleos. Si aporta los fondos que se requieran mediante nuevas cargas fiscales o por vía de empréstitos públicos, hace desaparecer tantos empleos, por un lado, como crea por el otro. Si los gastos del gobierno se cubren con préstamos que obtenga de los bancos comerciales, se presentan entonces los fenómenos de la expansión de crédito y la inflación. Si en el curso del proceso inflacionista el alza en los precios de las mercancías excede el alza en los salarios nominales, el desempleo disminuirá. Sin embargo, lo que hace que el desempleo se reduzca es precisamente el hecho de que los salarios reales se abaten.

La tendencia inherente a la evolución capitalista es el ascenso continuo y firme de los salarios reales. Este fenómeno es producto de la acumulación progresiva de capital, por medio del cual mejoran los métodos tecnológicos de producción. No existe más camino que permita aumentar los salarios de todos aquellos que se hallen deseosos de trabajar que incrementando la proporción del capital invertido per cápita. Cuando cesa la acumulación de capital adicional, la tendencia hacia un mayor aumento en el salario real se

paraliza. Si en vez de aumentar el capital disponible se procede a consumir éste, el salario real tendrá que bajar temporalmente hasta que los obstáculos para un nuevo incremento de capital se hayan eliminado. Las medidas gubernamentales que tienden a retardar la acumulación de capital o a provocar su consumo —como, p. e., los impuestos confiscatorios— son adversas a los intereses vitales de los trabajadores.

La expansión de crédito puede traer una prosperidad temporal, pero debido a su carácter ficticio acabará necesariamente en una depresión general del comercio, en un desplome general. Difícilmente puede asegurarse que la historia económica de las últimas décadas haya desmentido las pesimistas predicciones de los economistas. Nuestra época tiene que enfrentarse con grandes dificultades económicas, pero ello no es indicio de una crisis del capitalismo, sino de la crisis del intervencionismo y de la política que trata de perfeccionar el capitalismo y de sustituirlo por un sistema mejor.

Ningún economista se aventuró nunca a declarar que el intervencionismo pudiera dar otros resultados que el desastre y el caos. Los defensores del intervencionismo —los más sobresalientes de entre ellos, la escuela histórica prusiana y los institucionalistas norteamericanos— no fueron economistas. Todo lo contrario. Con objeto de sacar adelante sus planes negaron categóricamente que existieran lo que se llaman leyes económicas. En su opinión los gobiernos son libres de llevar a cabo lo que deseen, sin verse frenados por una regularidad inexorable en la secuencia de los fenómenos económicos. Al igual del socialista alemán Fernando Lassalle, sostienen que el estado es Dios.

Los intervencionistas no emprenden el estudio de los asuntos económicos con objetividad científica. A la mayoría la impulsa un resentimiento de envidia contra aquellos cuyo ingreso es más alto que el suyo y este prejuicio les impide ver las cosas como son realmente. El objetivo principal para ellos no es mejorar la condición de las masas, sino causar daño a los hombres de empresa y a los capitalistas, aun cuando esta política haga víctima de su aplicación a la inmensa mayoría del público.

A los ojos de los intervencionistas la simple existencia de utilidades es criticable. Cuando hablan de éstas no se preocupan por discutir su corolario, las pérdidas. No alcanzan a comprender que ganancias y pérdidas son los instrumentos por medio de los cuales el consumidor lleva tirante la rienda a la actividad de las empresas; pues las ganancias y las pérdidas son las que permiten al consumidor ejercer la dirección suprema de los negocios. Es absurdo establecer un contraste entre la producción con fines de lucro y la producción con fines de servicio. En el mercado libre un individuo únicamente puede obtener ganancias si provee a los consumidores de los efectos que desean y en la forma mejor y más barata posible. Las utilidades y las pérdidas transfieren los factores materiales de la producción, de manos de los productores ineficaces, a manos de otros más eficientes. Su función social consiste en hacer más influyentes en el manejo de los negocios a los hombres que tienen mejor éxito al producir los artículos que el público se disputa. Cuando las leyes de un país impiden que los hombres de empresa más eficientes puedan extender el radio de sus actividades, el consumidor es quien sufre las consecuencias. Lo que originó que algunas empresas se convirtieran en «grandes negocios» fue precisamente el éxito que lograron al satisfacer en la mejor forma posible la demanda de las masas.

La política anticapitalista sabotea el funcionamiento del sistema de la economía de mercado. El fracaso del intervencionismo no demuestra la necesidad de adoptar el socialismo: sólo exhibe su inutilidad. Todos los males que quienes se llaman «*progresistas*» a sí mismos interpretan como prueba de la quiebra del capitalismo, son resultado de su interferencia en el mercado, con sus supuestos efectos benéficos. Solamente el ignorante, que confunde el intervencionismo con el capitalismo, puede creer que el remedio para estos males sea la adopción del socialismo.

II

El Carácter Dictatorial, Antidemocrático y Socialista del Intervencionismo

Muchos partidarios del intervencionismo se quedan perplejos cuando se les dice que al recomendar este sistema no hacen sino fomentar tendencias dictatoriales y antidemocráticas y procurar el establecimiento del socialismo totalitario. Protestan ser creyentes sinceros en la democracia y opositores de la tiranía y el socialismo, y que buscan solamente mejorar las condiciones de los humildes. Agregan que los guían consideraciones de justicia social y de una más equitativa distribución del ingreso, precisamente porque desean preservar el sistema capitalista y su corolario político o superestructura a saber, el gobierno democrático.

Lo que estas personas no entienden es que las varias medidas que sugieren son incapaces de producir los resultados benéficos que buscan y que, por el contrario, dan origen a un estado de cosas que, desde el punto de vista de sus defensores, empeora las condiciones que se proponían modificar. Si en presencia del fracaso de su primera intervención, el gobierno no está preparado para anular esa injerencia en el mercado y para retornar a una economía libre, tendrá que añadir a la primera medida que

tomó nuevas regulaciones y restricciones de manera indefinida. Paso a paso se llega, finalmente, en este camino, a un punto donde toda libertad económica de los individuos desaparece. Entonces estamos frente a frente del socialismo alemán, del *zwangswirts-chaft* de los nazis.

Ya mencionamos el caso del salario mínimo, pero vamos a tratar de arrojar un poco más de luz sobre esta materia, mediante el análisis de un ejemplo típico de control de precios.

Si el gobierno desea que las madres pobres obtengan más leche para sus hijos, debe comprarla al precio de mercado y venderla a un precio menor, absorbiendo la pérdida, la que puede ser cubierta con el importe de los impuestos. Pero si el gobierno simplemente fija el precio de la leche a un nivel inferior al que prevalece en el mercado, la consecuencia será contraria a los fines propuestos, porque los productores marginales, a fin de evitar las pérdidas consecuentes, se retirarán del negocio de la producción y venta de leche y dedicarán sus vacas a otros propósitos más lucrativos. En estas condiciones habrá menos leche disponible para los consumidores, que precisamente es el resultado opuesto a las intenciones del gobierno, cuya injerencia se fundó en la consideración de que la leche es un artículo de carácter vital. Evidentemente, no estaba en el deseo del gobierno restringir su oferta.

En estas circunstancias, el gobierno se ve ante una alternativa: o se abstiene de cualquier gestión para controlar los precios, o añade una segunda medida a la primera que tomó, esto es, fija el precio a los factores de la producción que se necesitan para obtener leche.

Entonces el proceso se repetirá en planos más remotos, y el gobierno tendrá que fijar nuevamente los precios de los factores de la producción necesarios para obtener aquellos factores de la producción que se requieren para obtener leche. De este modo el gobierno debe ir cada vez más lejos, fijando el precio de todos los factores de la producción, tanto humanos como materiales, y forzando a todos los empresarios y trabajadores a que continúen laborando a los precios y salarios decretados. Ninguna rama de la producción puede quedar fuera de esta fijación total de precios y salarios y de esta organización general para continuar la producción. Si algunos

sectores de esta última permanecieran libres, el resultado sería que tanto el capital como el trabajo se desviarían hacia esos sectores y que se reduciría la oferta de aquellos productos cuyos precios fijó el gobierno. Sin embargo, son precisamente estos productos los que el gobierno considera de manera especial como importantes para satisfacer las necesidades de las masas.

Lo malo es que cuando se llega a ese control general de la actividad económica, la economía de mercado libre ha quedado reemplazada por un sistema de economía dirigida, esto es, por el socialismo. Este socialismo no es, naturalmente, aquel en que el estado maneja directamente todas las fábricas, como en Rusia, sino el socialismo de tipo alemán o nazi.

Mucha gente quedó fascinada con el supuesto éxito del sistema alemán de control de precios. Esa gente se dijo: sólo se necesita ser tan brutal e inhumano como los nazis para tener buen éxito al controlar los precios. Lo que esa gente, tan deseosa de combatir al nazismo mediante la adopción de sus métodos, no percibió, fue que los nazis no aplicaron el control de precios en una sociedad de mercado libre, sino que establecieron un sistema de socialismo completo, una comunidad totalitaria.

El control de precios se frustra cuando se limita a ciertos artículos solamente, ya que no puede funcionar en forma satisfactoria dentro de una economía de mercado. Si de este fracaso el gobierno no saca la conclusión de que debe abandonarse todo intento de controlar los precios, debe ir cada vez más lejos, hasta llegar a sustituir la economía de mercado por un socialismo de planificación general.

La producción se puede dirigir mediante precios que fija el público dentro del mercado, al comprar o al abstenerse de hacerlo, o bien por un consejo central de producción nombrado por el gobierno. No existe una tercera solución, como tampoco hay un tercer sistema social factible. La única alternativa es economía de mercado o socialismo. El control estatal de solamente parte del conjunto de precios debe conducir a un estado de cosas que, sin excepción, todos consideran como absurdo y contrario a sus fines, y cuyos resultados inevitables son el caos y el descontento social. Esto es lo que los economistas quieren decir cuando invocan las leyes económicas y cuando afirman que el intervencionismo resulta contrario a ellas.

En la economía de mercado los consumidores tienen el papel supremo. El hecho de comprar o de abstenerse de hacerlo determina, en última instancia, lo que los empresarios producen, así como la cantidad y calidad de la producción. También determina directamente los precios de los bienes de consumo e indirectamente los precios de todos los bienes de capital, esto es, del trabajo y de los factores materiales de la producción. Determina, igualmente, el que surjan ganancias y pérdidas, la formación del tipo de interés y el ingreso de todos los individuos. El foco de la economía de mercado es el mercado, esto es, el proceso de la formación de los precios de las mercancías, de las tasas de los salarios y de los tipos de interés, así como de sus derivados, las utilidades y las pérdidas. Obliga a todos, en su capacidad de productores, a ser responsables frente a los consumidores. Esta dependencia es directa por cuanto ve a los empresarios, capitalistas, agricultores y profesionales, e indirecta por lo que hace a quienes trabajan a cambio de sueldos o salarios. El mercado pone los esfuerzos de todos los que se encuentran dedicados a satisfacer las necesidades de los consumidores, de acuerdo con los deseos de éstos, puesto que se produce para ellos. Supedita la producción al consumo.

El mercado es una democracia en la que cada centavo concede derecho a votar. Es verdad que los diferentes individuos no tienen el mismo poder de votación, pues el rico puede depositar mayor número de sufragios que el pobre; pero ser rico y disfrutar de un ingreso más alto es ya, en la economía de mercado, la consecuencia de una elección anterior. El único medio para obtener riqueza y para conservarla, en una economía de mercado que no haya sido adulterada por privilegios y restricciones del gobierno, es servir al consumidor en la forma mejor y más barata. Cuando los capitalistas y terratenientes no cumplen con esta función, resentirán pérdidas, y si no cambian sus procedimientos perderán su riqueza y se empobrecerán. Son los consumidores quienes hacen ricos a los pobres y pobres a los ricos. Son también ellos quienes fijan el sueldo de una estrella de cine y de una cantante de ópera, a un nivel más alto que el de un plomero o un contador.

Todo individuo goza de libertad para estar en desacuerdo con el resultado de una campaña electoral o con el proceso del mercado. Sin

embargo, en una democracia no tiene otro medio de alterar el curso de las cosas que la persuasión. Si alguno dijese: no me gusta el alcalde que fue electo por una mayoría de votantes; por tanto, pido al gobierno que lo sustituya por la persona de mi preferencia, difícilmente podría decirse que este individuo es un demócrata. Pero si la misma situación se presenta con respecto al mercado, la mayor parte de las personas carece de la claridad mental suficiente para descubrir las aspiraciones dictatoriales que encierra esa pretensión.

Los consumidores han hecho su elección y determinado el ingreso que corresponde al fabricante de calzado, a la estrella de cine y al plomero. ¿Quién es el profesor X, para arrogarse el privilegio de hacer a un lado la decisión de los consumidores? Si no fuera un dictador en ciernes, no le pediría al gobierno que interviniera. Trataría de persuadir a sus conciudadanos para que aumentaran su demanda de los servicios de los plomeros y para que restringieran la de zapatos y películas cinematográficas.

Los consumidores no están en aptitud de pagar por el algodón los precios que harían costeadables los ranchos marginales, esto es, los ranchos que producen en condiciones menos favorables. Esta situación es evidentemente lamentable por lo que a los dueños de esos ranchos se refiere, porque deben abandonar el cultivo del algodón y procurar integrarse en otra forma en el complejo productivo.

¿Mas qué pensaremos del gobernante que interviene por medio de la fuerza a fin de aumentar el precio del algodón por encima del nivel que alcanzaría en el mercado libre? Lo que pretende el intervencionista es sustituir la presión de la policía a la libre elección de los consumidores. En definitiva, cuando se dice que el estado debiera hacer esto o aquello, lo que esto significa es que la policía debe obligar a los consumidores a obrar en forma diferente de como lo harían espontáneamente. En proposiciones tales como: vamos a elevar los precios de los productos agrícolas, vamos a subir los salarios, vamos a reducir las ganancias, vamos a recortar los sueldos de los altos funcionarios particulares, este vamos se refiere, en resumidas cuentas, a la policía. Y, sin embargo, la paradoja de estos proyectos es que

sus autores protestan que sus planes proponen lograr la libertad y la democracia industrial.

En la mayor parte de los países no socialistas los sindicatos obreros han adquirido derechos especiales. Gozan de libertad para impedir el trabajo a los que no sean sus miembros; también son libres para declarar huelgas y, dentro de este estado, para emplear la violencia contra todos aquellos que se encuentran dispuestos a continuar trabajando, a quienes se llama esquiroles. Este sistema otorga privilegios ilimitados a quienes trabajan en ramas vitales de la industria. Los trabajadores cuyas huelgas suspenden el abastecimiento de agua, luz y energía, alimentos y otros artículos de primera necesidad, se ven en posibilidad de obtener todo lo que desean a expensas del resto de la población. Es cierto que en los Estados Unidos los sindicatos de estos obreros han mostrado hasta ahora moderación para aprovechar estas oportunidades, pero otros sindicatos norteamericanos y europeos se han mostrado menos cautos. Su único propósito es imponer aumentos de salarios sin preocuparse de las consecuencias desastrosas que deben sobrevenir ineludiblemente.

Los intervencionistas no son suficientemente perspicaces para darse cuenta de que la presión y coacción que ejercen los sindicatos obreros son por completo incompatibles con cualquier sistema de organización social. El problema de los sindicatos no tiene relación alguna con el derecho de los ciudadanos para reunirse entre sí, en asambleas y asociaciones, pues ningún país democrático niega ese derecho a los gobernados. Nadie disputa tampoco el derecho de cualquier individuo para dejar de trabajar y para declararse en huelga, y el único problema consiste en saber si se debe otorgar a los sindicatos el privilegio de recurrir a la violencia con impunidad. Esta prerrogativa no es menos incompatible con el socialismo que con el capitalismo. No es posible la cooperación social, conforme al principio de la división del trabajo, cuando a alguna persona o grupo de personas se confiere el derecho de evitar que otros trabajen por medio de la violencia o de la amenaza de emplearla. Cuando se hace efectiva a través de la violencia, la huelga en ramas vitales de la producción o la huelga general son equivalentes a la destrucción revolucionaria de la sociedad.

Un gobierno abdica su autoridad si tolera que use de la violencia cualquier entidad que no tenga carácter oficial. Si el gobierno renuncia al monopolio que le corresponde sobre la coerción y la compulsión, el resultado será una situación anárquica. Si fuese cierto que un sistema democrático de gobierno es incapaz de proteger incondicionalmente el derecho de todo individuo para trabajar, enfrentándose así a las órdenes giradas por un sindicato, la democracia estaría destinada a desaparecer. En tal caso la dictadura sería el único medio de mantener la división del trabajo y de evitar la anarquía. Lo que generó las dictaduras en Rusia y Alemania fue precisamente el hecho de que la mentalidad de estas naciones hizo impracticable la supresión de la violencia que ejercían los sindicatos dentro de condiciones democráticas. Los dictadores abolieron las huelgas, rompiendo así la espina dorsal del sindicalismo. En el imperio soviético no tiene siquiera caso el hablar de huelgas.

Es ilusorio creer que el arbitraje de los conflictos de trabajo podría incluir a los sindicatos dentro del marco de la economía de mercado y hacer compatible su funcionamiento con la preservación de la paz interna. La composición judicial de las controversias es factible si existe un conjunto de reglas aplicables, conforme a las que puedan juzgarse los casos individuales que se presenten. Pero si tal código tiene vigencia y si sus disposiciones se aplican para determinar el importe de los salarios, no es ya el mercado el que los fija, sino el código y quienes legislan en relación con él. En tal caso el gobierno se convierte en supremo, a la vez que deja de serlo el consumidor al comprar y vender en el mercado. Si tal código no existe, falta entonces la norma conforme a la cual puedan decidirse las controversias entre patrones y empleados, y es inútil hablar de «salarios equitativos» ante la ausencia de tal ordenamiento. La noción de equidad carece de sentido si no se relaciona con una norma preestablecida. En la práctica, el arbitraje equivale a la fijación de los salarios por conducto del árbitro nombrado por el gobierno, si los patrones no ceden ante las amenazas de los sindicatos. Los precios que debe fijar el mercado quedan en tal caso sustituidos por decisiones autoritarias de carácter perentorio. El problema es siempre el mismo: el gobierno o el mercado. No existe una tercera solución.

A menudo son muy útiles las metáforas para dilucidar problemas complejos y para hacer que los comprendan las personas menos inteligentes. Pero conducen a error y resultan absurdas si olvidamos que toda comparación es imperfecta. Es necio aceptar literalmente los modismos metafóricos y deducir de su interpretación ciertos rasgos del objeto que uno querría hacer de más fácil comprensión por medio de su uso. Un ejemplo de este uso inocuo lo tenemos cuando para describir el funcionamiento del mercado los economistas lo calificaron de automático, así como en su costumbre de referirse a las fuerzas anónimas que operan en el mercado. No podían prever que habría gente tan torpe que tomaría estas metáforas al pie de la letra.

No son fuerzas «automáticas» y «anónimas» las que mueven el «mecanismo» del mercado. Los únicos factores que lo dirigen y que determinan los precios son los actos intencionales de los hombres. No hay automatismo: hay hombres que tienden conscientemente hacia los fines que escogen y que deliberadamente recurren a medios definidos para alcanzar estos fines. No existen fuerzas mecánicas misteriosas: sólo hay la voluntad de cada hombre para satisfacer su demanda de los distintos bienes. No hay anonimato: existimos yo, tú, Juan y Pedro y los demás hombres. Y cada uno de nosotros está dedicado tanto a la producción como al consumo. Cada uno contribuye con su parte a la determinación de los precios.

No está el dilema entre las fuerzas automáticas y la acción dirigida, sino entre el proceso democrático del mercado, en el cual cada individuo tiene su parte, y el gobierno exclusivo de un cuerpo dictatorial. Cualquier cosa que la gente hace en la economía de mercado equivale a la ejecución de sus propios planes, y en este sentido toda acción humana significa planificación. Lo que preconizan quienes a sí mismos se llaman «planificadores» no es la sustitución de una acción planeada a una conducta a la deriva, sino la sustitución del plan del planeador en lugar de los planes de sus prójimos. El planeador es un dictador virtual que desea privar a todas las demás personas de la facultad de planear y de obrar conforme a sus planes. Sólo tiene un objetivo: la preeminencia absoluta, exclusiva, de su propio plan.

No es menos equivocado declarar que un gobierno que no es socialista carece de plan, porque cualquier cosa que un gobierno hace es la ejecución de un plan, esto es, de un programa. Aunque se puede disentir de dicho plan, no se puede decir que éste no exista. El profesor Wesley C. Mitchell sostenía que el gobierno liberal británico «planeaba no tener plan alguno» [5]. Sin embargo, el gobierno británico en la época liberal tuvo ciertamente un plan definido, consistente en la propiedad privada de los medios de producción, la iniciativa libre y la economía de mercado. La Gran Bretaña gozó, efectivamente, de mucha prosperidad bajo este plan que, conforme al profesor Mitchell, «no es plan alguno».

Los planeadores pretenden que sus programas son científicos y que entre personas decentes y bien intencionadas no puede haber desacuerdo con relación a ellos. No obstante, no existe un deber ser científico, pues la ciencia es competente para establecer lo que es, y nunca puede dictar lo que debe ser, ni los fines a que deben tender los individuos. Es un hecho comprobado que los hombres difieren en sus apreciaciones en materia de valores. Es insolente arrogarse el derecho de desechar los planes de otras personas y de obligarlas a someterse al plan del planeador. ¿Cuál plan debe ejecutarse? ¿El plan de la Confederación de Organizaciones Industriales de los Estados Unidos o el de alguna otra agrupación? ¿El plan de Trotsky o el de Stalin? ¿El plan de Hitler o el de Strasser?

Cuando los hombres se afiliaron a la idea de que en el campo religioso debe adoptarse un plan único, la consecuencia fue el nacimiento de sangrientas guerras, que cesaron con el reconocimiento del principio de la libertad en materia religiosa. La economía de mercado protege la cooperación económica pacífica, porque no hace uso de la fuerza en el caso de los planes económicos de los ciudadanos. Si se sustituyen los planes de cada individuo por un plan maestro, el resultado tiene que ser luchas perpetuas. Quienes disienten del plan del dictador no tienen otro camino para mantener su actitud que derrotar al déspota por medio de las armas.

Es ilusorio creer que un sistema de socialismo dirigido podría funcionar en consonancia con los métodos democráticos de gobierno. La democracia está inextricablemente enlazada con el capitalismo y no puede subsistir

cuando hay planificación. Vamos a referirnos a las palabras del más eminente paladín contemporáneo del socialismo, el profesor Harold Laski, quien declaró que la obtención del poder por el Partido Laborista inglés en la forma parlamentaria normal, debe traer como consecuencia una transformación radical del gobierno parlamentario. Una administración socialista necesita «garantías» de que su trabajo en favor de la transformación no sería «trastornado» al abrogarse las medidas implantadas, en el caso de una derrota en los comicios. Por tanto, la suspensión de la constitución es «inevitable»^[6]. ¡Qué satisfechos quedarían Carlos I y Jorge III si hubiesen conocido los libros del profesor Laski!

Sidney y Beatriz Webb (Lord and Lady Passfield) nos dicen que «en cualquier acción colectiva la unidad leal en el pensamiento es tan importante, que debe suspenderse la discusión pública durante el tiempo que media entre la promulgación de la decisión y la realización de la tarea, porque de lo contrario nada se lograría». Mientras «progresas el trabajo», cualquier manifestación de duda o siquiera de temor de que pueda fracasar el plan, es «un acto de deslealtad y aun de traición»^[7]. Ahora bien, como nunca termina el proceso de producción y siempre hay algún trabajo en curso de desarrollo y existe siempre algo por realizar, debe concluirse que un gobierno socialista nunca puede conceder libertad de palabra y de prensa. «Unidad leal de pensamiento.» ¡Qué circunloquio tan altisonante para los ideales de Felipe II y la Inquisición! A este respecto habla sin reservas otro eminente admirador de los soviets, T. G. Crowther, cuando declara sin reticencias que la inquisición es «benéfica para la ciencia cuando protege a una clase que asciende»^[8], esto es, cuando recurren a ella los amigos del señor Crowther. Centenas de aforismos semejantes podrían citarse.

En tiempos de la reina Victoria, cuando John Stuart Mill escribió su ensayo Sobre la libertad, las opiniones semejantes a las que sostienen Laski, Sidney y Beatriz Webb y Crowther, se calificaban de reaccionarias. En la actualidad se las llama «progresistas» y «liberales». Por otro lado, a quienes se oponen a la suspensión del gobierno parlamentario y de la libertad de

palabra y de prensa y al establecimiento de la inquisición, se les tacha de «reaccionarios», «aristócratas de la economía» y «fascistas».

Los intervencionistas que consideran su doctrina como un método de lograr gradualmente la realización plena del socialismo, tienen cuando menos el mérito de no contradecirse. Si las medidas que adoptan fallan en conseguir los resultados benéficos que se esperan de ellas y terminan en desastre, piden más intromisión gubernamental cada vez, hasta que el gobierno asume la dirección de todas las actividades económicas. En cambio, los intervencionistas que ven en sus principios un medio de mejorar y, por tentó, de preservar el capitalismo, viven en total confusión.

A los ojos de estas personas, todos los efectos no deseados ni deseables de la interferencia gubernamental en la actividad económica, los produce el capitalismo. El hecho mismo de que una medida gubernamental produzca un estado de cosas que les desagrade, constituye para ellos la justificación de medidas posteriores. Por ejemplo, no alcanzan a comprender que el papel que en nuestros días desempeñan las organizaciones monopolistas es resultado de injerencias gubernamentales, como las tarifas y las patentes, a pesar de lo cual preconizan que el gobierno actúe a fin de evitar la existencia de los monopolios. Difícilmente podríamos imaginarnos una idea más alejada de la realidad, porque los gobiernos a quienes piden combatir el monopolio son los mismos que están consagrados a sostener el principio monopolista: v.g., el gobierno norteamericano del New Deal, que se embarcó en la organización monopolista total de todas las ramas de los negocios, a través de la N. R. A., y tenía como mira organizar la agricultura americana como un vastísimo monopolio, para restringir la producción agrícola a fin de sustituir los menores precios del mercado por los más altos del monopolio. El mismo gobierno participó en la concertación de diversos convenios internacionales para el control de mercancías, cuya finalidad declarada era establecer monopolios internacionales de varios productos. Esta verdad es igualmente válida en relación a todos los demás gobiernos, entre ellos de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, que también es parte en algunos de estos convenios monopolistas^[9]. La repugnancia de la

Unión Soviética para cooperar con los países capitalistas no fue tan grande que le impidiese perder cualquier oportunidad de fomentar los monopolios.

El programa de este intervencionismo contradictorio es imponer la dictadura, supuestamente a fin de liberar al pueblo. La libertad que preconizan sus partidarios es la libertad para hacer las cosas «correctas», esto es, las cosas que ellos mismos quieren que se hagan. Se puede apreciar que no solamente son ignorantes de los problemas económicos que el caso involucra, sino que carecen de la facultad de pensar con lógica.

La justificación más absurda del intervencionismo la presentan quienes ven el conflicto entre capitalismo y socialismo como una lucha por la distribución del ingreso. ¿Por qué las clases poseedoras no pueden ser más condescendientes? ¿Por qué no han de conceder a los pobres trabajadores una parte de sus elevados ingresos? ¿Por qué han de oponerse a los designios del gobierno, de mejorar la participación de los desamparados, mediante la fijación de salarios mínimos y precios máximos, y por vía de la reducción de las ganancias y los tipos de interés, hasta un nivel más «justo»? La flexibilidad en asuntos como éstos, alegan ellos, amainaría las tendencias de los revolucionarios radicales y preservaría el capitalismo, pues los mayores enemigos de este último son los doctrinarios intransigentes cuya excesiva defensa de la libertad económica, del «laissez faire» y del manchesterismo, hacen vano todo intento de alcanzar una avenencia con las aspiraciones de los trabajadores. Estos obcecados reaccionarios son los únicos responsables de la acritud que se nota en la lucha actual entre los partidos y del odio implacable que genera. Lo que se necesita es sustituir esta actitud puramente negativa de los «aristócratas de la economía» por un programa constructivo, término que equivale, naturalmente, a los ojos de estas personas, al intervencionismo.

Sin embargo, es totalmente defectuoso tal modo de razonar, pues da por aceptado que las varias medidas de injerencia gubernamental en las actividades económicas alcanzarán los benéficos resultados que sus defensores esperan de ellas. Alegrementemente se desentienden de lo que dice la economía acerca de su futilidad para conseguir los fines propuestos y de sus inevitables e indeseables consecuencias. El problema no es si los salarios

mínimos son justos o injustos, sino si pueden producir el desempleo a una parte de aquellos que desean trabajar. No se refutan las objeciones que presentan los economistas contra la conveniencia de dichas medidas con sólo llamarlas justas. Únicamente se exhibe ignorancia sobre los puntos a discusión.

El conflicto entre capitalismo y socialismo no es una competencia entre dos grupos respecto al tamaño de la porción que debe corresponder a cada quien, de una provisión determinada de mercancías. Es una disputa sobre el sistema de organización social que mejor puede conducir al bienestar de la humanidad. Quienes luchan contra el socialismo no lo rechazan porque escatimen a los trabajadores los beneficios que pudieran derivar del modo socialista de producción; lo combaten precisamente porque están convencidos de que perjudicaría a las masas, al reducir las a la condición de pobres esclavos, entregados totalmente a merced de dictadores irresponsables.

En este conflicto de opiniones cada uno debe formarse su criterio y adoptar una actitud definida; cada quien debe tomar partido, ya sea en favor de los defensores de la libertad económica o de los partidarios del socialismo totalitario. Nadie puede evadir este dilema mediante la adopción de una pretendida postura intermedia, esto es, del intervencionismo, porque éste no es un camino intermedio ni una transacción entre el capitalismo y el socialismo; es un tercer sistema, cuyo carácter absurdo y fútil está admitido no sólo por todos los economistas, sino aun por los marxistas.

No existe lo que puede llamarse defensa «excesiva» de la libertad económica. Por un lado, la producción se puede dirigir mediante los esfuerzos de cada individuo para normar su conducta en forma de satisfacer los deseos más urgentes de los consumidores de la manera más apropiada. Esto se llama economía de mercado. Por otro lado, la producción puede dirigirse mediante decretos autoritarios. Si estos decretos se refieren únicamente a ciertos renglones aislados de la estructura económica, fracasarán al pretender alcanzar los fines que se proponen y sus propios defensores estarán inconformes con su resultado. Si llegan a constituir una regimentación de todos los aspectos, equivaldrán al socialismo totalitario.

El hombre debe escoger entre la economía de mercado y el socialismo. El estado puede preservar la primera protegiendo la vida, la salud y la propiedad privada en contra de la agresión violenta o dolosa; o puede él mismo controlar la forma en que se conducen todas las actividades de la producción. Alguna dependencia del estado tendrá que determinar lo que ha de producirse. Si no lo hacen los consumidores por medio de la oferta y la demanda en el mercado, habrá de hacerlo el gobierno mediante el empleo de la compulsión.

III

El Socialismo y el Comunismo

En la terminología de Marx y de Engels las palabras socialismo y comunismo son sinónimas y las aplican indistintamente, sin hacer distinción entre ellas. Lo mismo hicieron en la práctica todos los grupos y sectas marxistas hasta 1917. Los partidos políticos marxistas, que consideraban el Manifiesto Comunista como el evangelio inalterable de su doctrina, se llamaron a sí mismos socialistas. El partido más numeroso e influyente de estos últimos, el partido alemán, adoptó el nombre de Partido Social Demócrata. En Italia, Francia y demás países donde los partidos marxistas desempeñaban ya un papel en la vida política, antes de 1917, el término socialista sustituyó igualmente al término comunista. Ningún marxista se aventuró nunca, antes de dicho año, a hacer distinciones entre comunismo y socialismo.

En 1875, en su Crítica al Programa de Gotha, del Partido Social Demócrata Alemán, Marx distinguió entre una fase inferior (anterior) y una superior (posterior) de la sociedad comunista del futuro, pero no reservó el nombre de comunismo para la fase superior ni llamó socialismo a la fase inferior en cuanto diferente del comunismo.

Uno de los dogmas fundamentales de Marx es que el socialismo ha de llegar «con la inexorabilidad de una ley natural». La producción capitalista

engendra su propia negación y establece el sistema socialista de la propiedad pública de los medios de producción. Este proceso «se realiza a través del funcionamiento de las leyes inherentes a la producción capitalista»^[10], y es independiente de los deseos del pueblo ^[11]. Es tan imposible al hombre acelerarlo como retardarlo o estorbarlo, porque «ningún sistema social desaparece antes de que se hayan desarrollado todas las fuerzas productivas, para cuyo desarrollo ofrece campo bastante y porque nunca aparecen nuevos métodos superiores de producción antes de que las condiciones materiales de su existencia hayan sido incubadas en el seno de una sociedad anterior»^[12].

Esta doctrina es, naturalmente, de imposible conciliación con las actividades políticas del propio Marx y con las doctrinas que presentó a fin de justificar esas actividades, pues trató de organizar un partido político que tenía por objeto efectuar la transición del capitalismo al socialismo por medio de la revolución y la guerra civil. A los ojos de Marx y de los doctrinarios marxistas, el rasgo característico de su partido fue su condición de grupos revolucionarios que habían hecho profesión de fe en la acción violenta. Su propósito era la rebelión para establecer la dictadura del proletariado y para exterminar sin piedad a todos los burgueses. Los acontecimientos de la Comuna de París, en 1871, se consideraban como el modelo perfecto de una guerra civil de tal clase. Por supuesto que la revuelta de París fracasó lamentablemente, pero se esperaba que los levantamientos posteriores tendrían resultados favorables^[13].

Sin embargo, la táctica que los partidos marxistas emplearon en varios países europeos se oponía irreconciliablemente a estas dos variedades contradictorias de las enseñanzas de Carlos Marx. No tuvieron seguridad en el carácter inevitable del advenimiento del socialismo, ni tampoco confiaron en el buen éxito de un levantamiento revolucionario. Entonces adoptaron los métodos de la acción parlamentaria, solicitaron los votos del pueblo en las campañas electorales y enviaron sus delegados a los parlamentos. Degeneraron en partidos democráticos y en las cámaras y senados se condujeron como los demás partidos de la oposición. En algunos países se aliaron temporalmente con otros partidos, y sus miembros

tuvieron ocasionalmente asiento en los gabinetes. Más tarde, después de que terminó la Primera Guerra Mundial, los partidos socialistas adquirieron principalísima importancia en varios parlamentos. En ciertos países gobernaron con exclusión de los demás partidos y, en otros, en estrecha cooperación con los partidos «burgueses».

Es verdad que estos socialistas domesticados, anteriores a 1917, nunca abandonaron, por lo menos, verbalmente, los rígidos principios del marxismo ortodoxo. Repetían una y otra vez que el advenimiento del socialismo era inevitable y ponían de relieve el carácter revolucionario de sus partidos. Nada podía despertar su enojo en mayor grado que el que alguien se atreviera a discutir la firmeza de su espíritu revolucionario. No obstante, en la práctica eran partidos parlamentarios semejantes a cualesquiera otros.

Desde un punto de vista marxista correcto, según se expresó en los últimos escritos Marx y Engels, pero todavía no en el Manifiesto Comunista, todas las medidas encaminadas a restringir, regular y mejorar el capitalismo eran simples «necesidades pequeñoburguesas», que provenían de las leyes inmanentes de la evolución capitalista. Los socialistas de verdad no deberían poner obstáculo alguno a la evolución capitalista toda vez que únicamente la completa madurez de este sistema podría producir el socialismo. No sólo es vano, sino perjudicial a los intereses de los proletarios recurrir a esas medidas, y aun el sindicalismo no es un medio adecuado para mejorar la condición de los trabajadores^[14]. Marx no creía que el intervencionismo pudiera beneficiar a las masas, y rechazaba con violencia la idea de que medidas tales como los salarios mínimos, los precios tope, las limitaciones a las tasas de interés, la seguridad social y otras parecidas, fuesen pasos preliminares al advenimiento del socialismo. Pretendía la abolición radical del sistema de salarios, condición que sólo puede obtenerse en la fase superior del comunismo. Habría ridiculizado sarcásticamente la idea de abolir el «carácter de mercancía» del trabajo dentro del marco de la sociedad capitalista, mediante la expedición de una ley.

Pero tal y como funcionaron los partidos socialistas en los países europeos, no estaban menos entregados al intervencionismo que la Socialpolitik de la Alemania kaiseriana y que que el New Deal norteamericano. Contra esta política dirigieron sus ataques George Sorel y el sindicalismo. Sorel, intelectual tímido, procedente de la burguesía, deploraba la «degeneración» de los partidos socialistas, la que atribuía a su penetración por los intelectuales burgueses. Deseaba que el espíritu de agresividad inmisericorde, inherente a las masas, reviviera y que se liberara de la tutela de los cobardes intelectuales. Lo único importante para Sorel eran los motines, pues pregonaba la acción directa, esto es, el sabotaje y la huelga general, como pasos iniciales hacia la gran revolución final.

Sorel tuvo acogida, principalmente entre ciertos intelectuales desocupados y ávidos de novedad, y entre los herederos de algunos hombres de negocios adinerados, igualmente ociosos y amantes de llamar la atención. No conmovió perceptiblemente a las masas, y sus críticas apasionadas difícilmente representaron algo más que una molestia para los partidos marxistas de la Europa Central y Occidental. Su importancia histórica consistió, de manera especial, en el papel que desempeñaron sus ideas en la evolución del bolchevismo ruso y del fascismo italiano.

A fin de comprender la mentalidad de los bolcheviques debemos referirnos nuevamente a los dogmas de Carlos Marx, quien estaba plenamente convencido de que el capitalismo constituye una etapa en la historia económica, que no está limitada solamente a ciertos pueblos adelantados. El capitalismo tiene la tendencia a convertir todas las regiones del mundo en países capitalistas y la burguesía obliga a todas las naciones a tornarse capitalistas. Cuando suene la hora final de ese sistema, el planeta entero se encontrará uniformemente en la etapa del capitalismo maduro, preparado ya para la transición al socialismo. Este surgirá al mismo tiempo en toda la tierra.

Marx se equivocó en este punto tanto como en sus demás afirmaciones. Aun los marxistas no pueden negar hoy día, y tampoco lo niegan, que todavía existen diferencias enormes por lo que hace al desarrollo del capitalismo en los diferentes países. Se percatan de que hay muchos que,

desde el punto de vista de la interpretación marxista de la historia, deben considerarse como precapitalistas. En ellos a burguesía no ha alcanzado todavía una posición dominante ni ha creado la etapa histórica del capitalismo, que constituye el requisito previo indispensable para la aparición del socialismo. De ahí que estos países deben realizar primero su «revolución burguesa» y pasar por todas las fases del capitalismo, antes de que sea tiempo de transformarlo en países socialistas. La única política que podrían adoptar los marxistas en tales países sería la de apoyar incondicionalmente a los burgueses, primero en sus esfuerzos para asumir el poder y, después, en sus empresas capitalistas. Un partido marxista no podría, por largo tiempo, tener más tarea que estar subordinado al liberalismo burgués, y esta es la sola misión que el materialismo histórico podría asignar a los marxistas rusos, si se aplicara con consistencia. Entonces se verían obligados a esperar pacientemente hasta que el capitalismo hubiera hecho que su nación estuviera madura para el socialismo.

Pero los marxistas rusos no quisieron esperar, y por eso recurrieron a una nueva modificación del marxismo, conforme a la cual se hacía posible que una nación se saltara una de las etapas de la evolución histórica. Cerraron los ojos al hecho de que esta nueva doctrina no era una modificación del marxismo, sino más bien la negación de los últimos restos que quedaban de él. Fue un regreso sin disfraz a las enseñanzas socialistas anteriores y contrarias al marxismo, según las cuales los hombres están en libertad de adoptar el socialismo en cualquier tiempo, si consideran que es un sistema más benéfico a la comunidad que el capitalismo. Desbarató por completo todo el misticismo incrustado en el materialismo dialéctico y en el pretendido descubrimiento marxista de las leyes inexorables de la evolución económica de la humanidad.

Al emanciparse del determinismo marxista, los marxistas rusos se sintieron libres para discutir la táctica más apropiada para implantar el socialismo en su país. Los problemas económicos dejaron de molestarlos. Ya no tuvieron que investigar si había llegado el momento apropiado, y la única tarea por cumplir que les quedó fue la de asir las riendas del gobierno.

Un grupo sostenía que el éxito permanente sólo podía esperarse si se ganaba el apoyo de un número suficiente de gentes, aunque no fuese necesariamente la mayoría. Otro grupo se mostraba opuesto a tal procedimiento, por su tardanza, y propuso un golpe temerario. Un pequeño grupo de fanáticos se organizaría como vanguardia de la revolución, y una estricta disciplina y una obediencia incondicional al jefe harían que estos revolucionarios profesionales fuesen adecuados para un ataque repentino. En un momento dado suplantarían al gobierno zarista y después gobernarían al país conforme a los métodos tradicionales de la policía del zar.

Los términos que se emplean para designar a estos dos grupos — bolcheviques (mayoría) para los últimos, y mencheviques (minoría) para los primeros— se refieren a una votación que tuvo lugar en 1903, durante una reunión convocada para discutir estos problemas de táctica. La única diferencia que dividía a dichos grupos se relacionaba con los métodos tácticos, pues ambos convenían en el objetivo final: el socialismo. Las dos sectas trataron de justificar sus respectivos puntos de vista, citando pasajes de los escritos de Marx y de Engels. Como es sabido, esta es la costumbre marxista. Cada secta se hallaba en posición de descubrir en estos libros sagrados las máximas que confirmaran su propia actitud.

El jefe bolchevique, Lenin, conocía a sus compatriotas mucho mejor que sus adversarios y que Plekhanov, el líder de éstos. No cometió el error de este último de aplicar a los rusos los patrones que eran buenos para las naciones occidentales, y recordó que dos extranjeras habían usurpado simplemente el poder supremo y habían logrado gobernar a Rusia sin problemas mientras vivieron. Estaba enterado del buen éxito que habían logrado los métodos terroristas de la policía secreta del zar, y tenía confianza de mejorar considerablemente esos métodos. Fue un dictador cruel, porque sabía que los rusos carecían del valor necesario para enfrentarse a la opresión. Como Cromwell, Robespierre y Napoleón, era un usurpador ambicioso y contaba con que la inmensa mayoría carecía de espíritu revolucionario. La autocracia de los Romanoff estaba destinada a desaparecer porque el infortunado Nicolás II era débil e indeciso. El

abogado socialista Kerensky fracasó debido a su adhesión a los principios del gobierno parlamentario. En cambio Lenin triunfó a causa de que nunca tuvo otra mira que su propia dictadura y de que los rusos anhelaban un tirano como sucesor de Iván el Terrible.

El gobierno de Nicolás II no terminó por virtud de un verdadero levantamiento revolucionario, sino que se desmoronó en los campos de batalla. Kerensky no pudo dominar la anarquía resultante, y fue depuesto a consecuencia de una escaramuza sin importancia en las calles de San Petersburgo. Poco tiempo después, Lenin experimentó sus 18 Brumario. A despecho de todo el terror a que se entregaron los bolcheviques, la Asamblea Constituyente, electa mediante sufragio universal tanto de hombres como de mujeres, solamente contó con un veinte por ciento, aproximadamente, de miembros bolcheviques. Lenin disolvió dicha Asamblea por medio de las armas, y al quedar liquidado el efímero interludio «liberal», Rusia pasó de las ineptas ansias de los Romanoff a las de un autócrata de verdad.

No se contentó Lenin con conquistar a Rusia, dado que abrigaba la plena convicción de que era el hombre elegido para llevar las venturas del socialismo a todas las naciones. El nombre oficial que, escogió para designar a su gobierno —Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas— no contiene referencia alguna a Rusia, sino que revela la intención de constituir el núcleo de un gobierno universal. Llevaba dentro la inferencia de que todos los camaradas extranjeros debían obediencia por derecho a este gobierno, y que todos los burgueses extranjeros que se atreviesen a resistir serían reos de alta traición y merecerían la pena capital. Lenin no dudó un instante de que todos los países occidentales se hallaban en vísperas de la gran revolución final, y diariamente esperaba su estallido.

En opinión de Lenin, existía en Europa solamente un factor que trataría de evitar, aunque sin perspectiva de éxito, el levantamiento revolucionario: los depravados miembros de las clases cultas, que habían usurpado la dirección de los partidos socialistas. Lenin había odiado por largo tiempo a estos hombres debido a su apego al procedimiento parlamentario y a la renuencia que mostraban para apoyar sus aspiraciones dictatoriales. Se

enfurecía en contra de ellos, porque los hacía responsables de que los partidos socialistas hubiesen apoyado la política favorable a la guerra en sus países. Ya durante su expatriación en Suiza, que terminó en 1917, Lenin empezó a dividir a los partidos socialistas europeos, y después estableció una nueva, una Tercera Internacional, que dominaba en la misma forma dictatorial en que gobernaba a los bolcheviques rusos, y para esta nueva agrupación escogió el nombre de Partidos Comunista. Los comunistas debían combatir hasta la muerte a los varios partidos socialistas europeos, esos «traidores sociales», y procederían a la inmediata liquidación de la burguesía y a la captura del poder con ayuda de los trabajadores armados. Lenin no estableció diferencia entre el socialismo y el comunismo como sistemas sociales, y la meta que se propuso no se llamó comunismo, ni era opuesta al socialismo. El nombre oficial del gobierno soviético es Unión de Repúblicas Socialistas (no de Repúblicas comunistas) Soviéticas. A este respecto no quiso alterar la terminología tradicional que considera estos términos como sinónimos. Simplemente llamaba comunistas a sus partidarios, a los únicos defensores sinceros y firmes de los principios revolucionarios del marxismo ortodoxo, y comunismo a sus métodos tácticos, porque deseaba distinguirlos de los «traidores mercenarios de los explotadores capitalistas», los corrompidos jefes socialdemócratas, como Kautsky y Alberto Thomas. Estos traidores, recalca, deseaban ansiosamente conservar el sistema capitalista y no eran socialistas verdaderos. Los únicos marxistas genuinos serán aquellos que repudiaban el nombre de socialistas, nombre irremediabilmente caído en descrédito.

De esta manera surgió la distinción entre comunistas y socialistas. Los marxistas que no se rindieron al dictador en Moscú se dieron el nombre de socialdemócratas o, abreviadamente, de socialistas. Los caracterizaba la creencia de que el método más apropiado para realizar sus planes de instaurar el socialismo, meta final común para ellos como los comunistas, era ganarse el apoyo de la mayoría de sus conciudadanos. Abandonaron los lemas revolucionarios y se empeñaron en adoptar métodos democráticos para tomar el poder. No se preocuparon del problema que entraña el hecho de saber si el régimen socialista es o no compatible con la democracia. No

obstante, para lograr la implantación del socialismo estaban resueltos a emplear únicamente los procedimientos democráticos.

Los comunistas, por otra parte, en los primeros años de la Tercera Internacional, se hallaban firmemente adheridos al principio de la revolución y la guerra civil y sólo eran leales a su jefe ruso. Expulsaron de sus filas a quienquiera que fuese sospechoso de sentirse ligado a las leyes de su país. Incesantemente conspiraban y derramaban sangre en motines fallidos.

Lenin no podía comprender la razón de que los comunistas fracasaran en todas partes fuera de Rusia. No esperaba mucho de los obreros americanos, pues los comunistas estaban acordes en que los trabajadores de los Estados Unidos carecían de espíritu revolucionario, debido a que los había corrompido el bienestar y a que estaban dominados por el vicio de hacer dinero. Pero Lenin no abrigaba dudas de que las masas europeas poseían conciencia de clase y, por tanto, estaban totalmente entregadas a las ideas revolucionarias. A su modo de ver, el único motivo por el cual no se había realizado la revolución radicaba en la ineptitud y cobardía de los jefes comunistas. Aunque una y otra vez depuso a sus vicarios y nombró a hombres nuevos, no por eso pudo obtener mejores resultados.

En los países anglosajones y latinoamericanos, los votantes socialistas confían en los métodos democráticos. En ellos las personas que intentan en serio realizar una revolución comunista son muy poco numerosas. La mayoría de los que proclaman en público su adhesión a los principios del comunismo considerarían como una desgracia que la revolución estallara y pusiera en peligro sus vida y haciendas. Si los ejércitos rusos invadieran sus países o si los comunistas nativos se apoderaran del poder sin comprometerlos en la lucha, probablemente se alegrarían, con la esperanza de merecer una recompensa debido a su ortodoxia marxista, pero en lo personal no ambicionan laureles por sus actividades revolucionarias.

Es un hecho que en todos estos treinta años de intensa agitación prosoviética, ni un solo país se ha convertido al comunismo por voluntad propia de sus ciudadanos, fuera de Rusia. La Europa oriental se volvió comunista tan sólo cuando las negociaciones diplomáticas en materia

política internacional la convirtieron en esfera de influencia y hegemonía exclusiva de los rusos. Es poco probable que Alemania Occidental, Francia, Italia y España abrazarán el comunismo si los Estados Unidos y la Gran Bretaña no adoptan la política de desinteresarse en lo absoluto de lo que les pase. Lo que imparte fuerza al movimiento comunista en estos países y otros que podrían citarse, es la creencia de que a Rusia la impulsa un «dinamismo» que no retrocede ante nada, en tanto que las potencias anglosajonas tienen una actitud de indiferencia y poco interés en la suerte que corren.

Tanto Marx como los marxistas se equivocan lamentablemente cuando dieron por supuesto que las masas anhelan la destrucción de la organización «burguesa» de la sociedad por medio de una revolución.

Solamente entre las filas de quienes han hecho un modo de vida del comunismo o esperan que una revolución favorecerá sus ambiciones personales, se encuentran comunistas militantes. Las actividades subversivas de estos conspiradores profesionales son peligrosas precisamente a causa de la ingenuidad de aquellos que se limitan a coquetear con la idea de una revolución. Los confundidos y extraviados simpatizantes a quienes se llama «liberales» en los Estados Unidos de América y a los que los comunistas denominan «inocentes utilizables», que les hacen el juego y aun la mayoría de los miembros del partido con registro oficial, se asustarían terriblemente si un día descubrieran que sus jefes hablan en serio cuando aconsejan la sedición. Sin embargo, puede ocurrir que entonces sea demasiado tarde para impedir un desastre.

Por ahora, el amenazador peligro de los partidos comunistas de Occidente proviene de la postura que han asumido, en materia de relaciones exteriores. Lo que distingue al partido comunista en la actualidad es su adhesión la agresiva política extranjera que siguen los soviets. Siempre que tienen que elegir entre Rusia y su patria, prefieren sin vacilación a Rusia, pues su norma es: con la razón o sin ella, pero a favor de Rusia. Obedecen implícitamente todas las órdenes que emanan de Moscú. Cuando Rusia estaba aliada con Hitler, los comunistas franceses sabotearon el esfuerzo bélico de su propio país y los comunistas norteamericanos se opusieron

violentamente a los planes del presidente Roosevelt, que tenían por objeto ayudar a Inglaterra y Francia en su lucha contra los nazis. En todas partes los comunistas impusieron el apodo de «provocadores imperialistas de la guerra» a todos los que osaron defenderse de los invasores alemanes. Sin embargo, tan pronto como Hitler atacó a Rusia, la guerra imperialista que hacían los capitalistas se convirtió de la noche a la mañana en una guerra justa y de defensa. Cada vez que Stalin conquista un país más, los comunistas tratan de justificar la agresión como un acto de legítima defensa en contra de los «fascistas».

En su adoración ciega por todo lo que es ruso, los comunistas de Europa occidental y de los Estados Unidos sobrepasan los peores excesos cometidos alguna vez por los chauvinistas. Se muestran embelesados ante las películas cinematográficas, la música y los pretendidos descubrimientos científicos procedentes de Rusia. En términos extáticos hablan de las proezas económicas de los soviéticos y atribuyen la victoria de las Naciones Unidas a las hazañas de los ejércitos rusos. Rusia, sostienen, ha salvado al mundo de la amenaza fascista y es el único país libre, mientras las demás naciones están sujetas a la dictadura de los capitalistas. Únicamente los rusos son felices y gozan de la dicha de vivir una vida satisfactoria, pues en los países capitalistas la inmensa mayoría es víctima de frustración y de anhelos insatisfechos. De igual modo que el piadoso musulmán ambiciona formar parte de la peregrinación a la tumba del Profeta en la Meca, el intelectual comunista considera que la culminación de su vida es hacer una peregrinación similar a los altares sagrados de Moscú.

Sin embargo, la distinción en el empleo de los términos comunista y socialista no influyó sobre su significado al aplicarlos a la meta final de la política que tenían en común. Fue únicamente en 1928 que el programa de la Internacional Comunista que adoptó el sexto congreso celebrado en Moscú,^[15] comenzó a distinguir entre comunismo y socialismo, y no solamente entre los comunistas y los socialistas.

Conforme a esta nueva doctrina, existe una tercera etapa en la evolución económica de la humanidad, entre la etapa histórica del capitalismo y la del comunismo, esto es, la del socialismo. Este es un sistema social que se basa

en el control público de los medios de producción y en la dirección total de todos los procesos de la producción y de la distribución, por conducto de una autoridad central planeadora. Desde este punto de vista es igual al comunismo, pero difiere de él en que no hay igualdad en las porciones que se reparten a cada individuo para su propio consumo. Existen todavía salarios para los trabajadores, que se gradúan conforme a la conveniencia económica, en cuanto la autoridad central lo considera necesario para asegurar que se produce lo más posible. Lo que Stalin llama socialismo corresponde, en términos generales, al concepto de Marx sobre la «primera fase» del comunismo. Stalin reserva el término comunismo exclusivamente para lo que Marx llamó «fase superior» del comunismo. El socialismo, en sentido en que Stalin usó recientemente esta palabra, es un movimiento hacia el comunismo, pero no es el comunismo en sí mismo, aunque se transformará en él tan pronto como el aumento de riqueza que se espera del funcionamiento de los métodos socialistas de producción, haya elevado el bajo nivel de vida de las masas rusas a otro más alto, como el disfrutaban en la Rusia de ahora los distinguidos titulares de cargos burocráticos importantes^[16].

Es obvio el carácter apologético de esta novísima práctica de terminología. Stalin consideró necesario explicar a la inmensa mayoría de sus súbditos la causa de que su nivel de vida sea tan extremadamente bajo, mucho más bajo que aquel que disfrutaban las masas en los países capitalistas, y aún más bajo que el nivel que tuvieron los proletarios rusos durante los días de la dominación zarista. Quiere justificar la desigualdad de los sueldos y salarios, así como el hecho de que un pequeño número de funcionarios soviéticos gocen de todos los lujos y satisfacciones que puede proporcionar la técnica moderna; que un segundo grupo, más numeroso que el primero, pero menor que la clase media en la Rusia imperial, viva a la manera de los «burgueses», en tanto que las masas, harapientas y descalzas, habitan en barrios pobrísimos, congestionados, y se alimentan con escasez. No puede ya echar la culpa de estas condiciones al capitalismo y por ello se ha visto obligado a recurrir a otra engañifa ideológica.

El problema de Stalin era tanto más apremiante cuanto que los comunistas rusos, durante los primeros tiempos de su gobierno, habían proclamado apasionadamente que la igualdad del ingreso es un principio que debería ponerse en vigor desde el instante mismo en que tomara el poder el proletariado. Aún más, el ardid demagógico más poderoso a que recurren los partidos comunistas auspiciados por Rusia en los países capitalistas es provocar la envidia de quienes reciben ingresos más bajos, en contra de aquellos que los disfrutan más altos, y el argumento principal que aducen para apoyar su tesis, de que el nacional-socialismo de Hitler no era un socialismo genuino sino, al contrario, una de las peores variedades del capitalismo, es la circunstancia de que en la Alemania nazi existía desigualdad en el nivel de vida de sus habitantes.

La nueva distinción introducida por Stalin, entre socialismo y comunismo, está en abierta pugna con la política de Lenin y no menos con los principios de la propaganda que desarrollan los partidos comunistas fuera de las fronteras rusas. Estas contradicciones carecen de importancia en los dominios soviéticos, pues la palabra del dictador es la decisión inapelable, y nadie es tan obcecado que pretenda exponerse al peligro que significa la oposición. Por otro lado, es importante darse cuenta de que la innovación semántica de Stalin afecta meramente los términos comunismo y socialismo, pero no altera el significado de las palabras socialista y comunista. Así, el partido bolchevique se llama comunista, ahora como antes. Los partidos rusófilos que actúan fuera de la Unión Soviética se dan el nombre de partidos comunistas y combaten violentamente a los partidos socialistas, a quienes consideran ni más ni menos que como traidores sociales, a pesar de lo cual el nombre oficial de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas permanece sin modificación.

IV

La Agresividad de Rusia

Los nacionalistas alemanes, italianos y japoneses justificaban su política agresiva como consecuencia de la falta de lebensraum, pues sus países están, comparativamente, poblados en exceso. La naturaleza no fue pródiga con ellos y los ha hecho depender del extranjero por lo que hace a la adquisición de víveres y materias primas. Deben exportar efectos elaborados a fin de poder pagar las importaciones que tan angustiosamente necesitan. Pero la política proteccionista que han adoptado los países productores de un excedente de víveres y materias primas, cierra sus fronteras a la importación de efectos elaborados. El mundo tiende manifiestamente hacia un estado de completa autarquía económica en cada país. En un mundo así, ¿qué destino le aguarda a las naciones que no pueden alimentar ni vestir a sus hijos con sus propios recursos?

La doctrina del lebensraum de los pueblos que se autodesignan como carentes, hace hincapié en que en Australia y Estados Unidos hay millones de hectáreas de tierras vírgenes, mucho más fértiles que las que trabajan los agricultores de las naciones menos favorecidas. Las condiciones naturales para trabajar la minería y desarrollar las manufacturas también les son mucho más propicias que en las naciones carentes de recursos. A pesar de ello, se ha impedido a los trabajadores y campesinos alemanes, italianos y

japoneses, el acceso a estas regiones favorecidas por la naturaleza, pues las leyes de inmigración de los países poco poblados proporcionalmente, impiden su internación. Estas leyes elevan la productividad marginal del trabajo y, por tanto, los salarios en los países de baja población, y los reducen en las naciones superpobladas. El alto nivel de vida en los Estados Unidos y en los dominios británicos lo paga la reducción del nivel de vida en los países congestionados de Europa y Asia.

Los verdaderos agresores, clamaban los nacionalistas alemanes, italianos y japoneses, son las naciones que por medio de barreras al comercio y a la inmigración se han apropiado la parte del león en el reparto de las riquezas naturales de la tierra. ¿Acaso no ha declarado el Papa^[17] que la causa radical de las guerras universales se encuentra en «ese frío y calculador egoísmo que tiende a atesorar los recursos materiales y económicos, destinados al uso de todos, a tal extremo que los pueblos menos favorecidos por la naturaleza se ven excluidos de acceso a ellos?»^[18]. Sentado lo anterior, la guerra que encendieron Hitler, Mussolini e Hirohito fue una guerra justa, porque su único objeto fue dar a los países desfavorecidos, lo que les pertenece en virtud de derechos naturales y divinos.

Los rusos no pueden atreverse a justificar su política de agresión con argumentos de este género, porque su país se halla comparativamente despoblado, y su territorio ha sido dotado por la naturaleza con mucha más generosidad que el de cualquier otra nación. Ofrece las condiciones más ventajosas para el cultivo de toda clase de cereales, frutos, semillas y plantas, y posee superficies inmensas de pastos y forrajes y casi inagotable riqueza forestal. También es dueña de los recursos más abundantes para la producción de oro, plata, platino, hierro, cobre, níquel, manganeso y todos los otros metales, así como petróleo. De no haber sido por el despotismo de los zares y por la lamentable imperfección del sistema comunista, Rusia podría haber gozado del más alto nivel de vida hace mucho tiempo. No es, ciertamente, la carencia de recursos naturales la que la ha impulsado a las conquistas.

La agresividad de Lenin fue una consecuencia de su convicción de que era el abanderado de la revolución mundial definitiva. Se consideraba como el sucesor legítimo de la Primera Internacional, destinado a consumar la obra en que tanto Marx como Engels fracasaron. La hora de muerte del capitalismo había sonado y ninguna maquinación capitalista podía retardar la expropiación de los expropiadores por más tiempo. Lo único que faltaba era el dictador para el nuevo orden social, y Lenin estaba presto a recibir tal carga sobre sus hombros.

Desde los años de las invasiones mongólicas no ha tenido la humanidad que enfrentarse a una aspiración tan resuelta y completa en pos de la supremacía universal ilimitada. En todos los países, los emisarios rusos y las quintas columnas comunistas han trabajado fanáticamente en favor de la anexión a Rusia. Sin embargo, le faltaban a Lenin las otras cuatro columnas, ya que la fuerza militar de Rusia en esos días era insignificante. Cuando cruzaron la frontera fueron detenidos por los polacos y no pudieron continuar su marcha hacia el occidente. La gran campaña por la conquista del mundo se desvaneció.

Era ocioso discutir el problema de si el comunismo es posible o solamente deseable en un país, pues los comunistas habían fracasado de la manera más completa fuera de las fronteras rusas. Se vieron obligados a quedarse dentro de ellas.

Stalin dedicó toda su energía a organizar un ejército permanente, de proporciones nunca vistas antes en el mundo. Pero no tuvo en esto mayor suerte que la que habían tenido Lenin y Trotsky, pues los nazis derrotaron a ese ejército con facilidad y ocuparon la parte más importante del territorio ruso. A Rusia la salvaron las fuerzas inglesas y, sobre todo, las norteamericanas. El sistema de préstamos y arrendamientos, implantado por los Estados Unidos, hizo posible que los rusos pisaran los talones a los alemanes, cuando la escasez de equipo y la amenazante invasión americana obligó a estos últimos a salir de tierras soviéticas. Inclusive, pudieron en ocasiones derrotar a las retaguardias de los nazis en retirada, y ocupar Berlín y Viena cuando la fuerza aérea americana había demolido las

defensas alemanas. Después de que los Estados Unidos habían aniquilado a los japoneses, pudieron los rusos quietamente apuñalarlos por la espalda.

Naturalmente que los comunistas, tanto dentro como fuera de Rusia, y sus propagandistas en todas partes, sostienen con vehemencia que fue Rusia la que derrotó a los nazis y liberó a Europa, y pasan en silencio el hecho de que la única razón para que los alemanes no hayan aplastado a los defensores de Stalingrado fue la falta de municiones, aeroplanos y gasolina. Lo que impidió a los nazis abastecer a sus ejércitos con el equipo necesario y organizar un sistema de transportes en el territorio ocupado de Rusia, que pudiera haber enviado este equipo a la remota línea de combate, fue el bloqueo impuesto por los países occidentales. La batalla decisiva de la guerra contra Alemania fue la batalla del Atlántico y los grandes acontecimientos estratégicos, la conquista de África y Sicilia y la victoria en Normandía. Cuando se compra la acción de Stalingrado con las proporciones gigantescas de esta guerra, monta a poco más que a un éxito táctico. La participación de Rusia en la lucha contra los italianos y los japoneses fue nula.

Sin embargo, Rusia únicamente ha usufructuado los despojos de la victoria, pues mientras las otras Naciones Unidas no pretenden agrandar su territorio, ella se ha desbocado. Se ha anexo ya las tres repúblicas bálticas, Besarabia, la provincia de Cárpatos-Rusia en Checoslovaquia^[19], una sección de Finlandia, una gran parte de Polonia y extensísimos territorios en el lejano oriente. Reclama el resto de Polonia, Rumania, Hungría, Yugoslavia, Bulgaria, Corea y China, como zonas de su exclusiva esfera de influencia, y se muestra ansiosa por establecer gobiernos «amigos» en estos países, es decir, gobiernos peleles. Si no fuera por la oposición de los Estados Unidos y la Gran Bretaña, para estas fechas gobernaría toda la parte continental de Europa y de Asia, así como el África Septentrional. Solamente debido a que las tropas americanas y británicas guarnecen el suelo alemán, ha sido factible obstruir a los rusos el camino que los conduciría a las costas del Atlántico.

En la actualidad, en grado no menor que después de la primera guerra mundial, la amenaza real que se cierne sobre el Occidente no radica en la

pujanza militar de Rusia, porque Gran Bretaña fácilmente podría repeler cualquier ataque ruso y se consideraría como consumada demencia que los rusos pretendieran hacer la guerra a los Estados Unidos. La amenaza que pende sobre el Occidente no se halla en los ejércitos rusos, sino en las ideologías comunistas, cosa que ellos saben muy bien, y por eso descansan en sus partidarios extranjeros más que en sus mismas tropas. Desea vencer a las democracias desde adentro, no desde afuera. Su principal arma consiste en las maquinaciones en favor de Rusia a que se dedican las quinta-columnas. Estas son las verdaderas divisiones selectas del bolchevismo.

Los escritores y políticos comunistas, de adentro y de afuera de Rusia, explican la política de agresión de esta última como un acto de mera defensa y agregan que no es ella la que proyecta agresiones, sino las decadentes democracias capitalistas. Lo único que Rusia desea es defender su propia independencia. Esta declaración es un viejo y conocido método para justificar la agresión: Luis XIV, Napoleón I, Guillermo II y Hitler fueron los más amantes de la paz entre todos los hombres, y cuando invadieron países extranjeros lo hicieron sólo en defensa propia. Rusia estaba ciertamente tan amenazada por Estonia y Letonia, como lo estuvo Alemania por Luxemburgo o Dinamarca.

Una consecuencia de esta fábula es la leyenda del *cordon sanitaire*. La independencia política de los pequeños países vecinos de Rusia, se dice, es meramente un ardid capitalista, destinado a evitar que las democracias europeas se contagien con los gérmenes del comunismo. De donde se saca la conclusión de que estas pequeñas naciones han perdido su derecho a la independencia, porque Rusia posee la prerrogativa inalienable de pedir que sus vecinos —y de igual manera los vecinos de sus vecinos— deban estar gobernados únicamente por gobiernos «amigos», es decir, por gobiernos estrictamente comunistas. ¿Qué le sucedería al mundo si todas las grandes potencias tuvieran las mismas pretensiones?

La verdad es que los gobiernos de las naciones democráticas no pretenden acabar con el actual sistema ruso y que no fomentan quinta-columnas pro-democráticas en Rusia, como tampoco inciten a las masas de

ese país en contra de sus gobernantes. En cambio, los rusos provocan agitaciones, día y noche, en todos los demás países.

La vacilante e incompleta intervención de los países aliados en la guerra civil rusa no se emprendió en favor del capitalismo ni en contra del anticomunismo. Para las naciones aliadas, entonces empeñadas en una lucha de vida o muerte con Alemania, Lenin era solamente un instrumento de sus enemigos mortales en ese momento. Ludendorff lo había enviado a Rusia para derrocar al régimen de Kerensky, a fin de lograr la defección de ese país. Los bolcheviques emprendieron una lucha armada contra aquellos de sus conciudadanos que deseaban continuar aliados con Francia, la Gran Bretaña y los Estados Unidos. Era imposible, desde un punto de vista militar, que los países occidentales permanecieran neutrales cuando sus aliados rusos se defendían desesperadamente de los bolcheviques. Para estas naciones era la suerte del frente oriental la que estaba en juego, y la causa de los generales «blancos» era su propia causa.

Tan pronto como terminó la guerra contra Alemania en 1918, los aliados perdieron interés en los asuntos rusos. Dejó de ser necesario un frente oriental y en cuanto a los problemas internos de Rusia, les importaban un comino. Deseaban la paz y estaban ansiosos de retirarse de la lucha, si bien tenían dificultad respecto a la manera de liquidar esta aventura con decoro. Sus generales se avergonzaban de abandonar a los compañeros de armas que habían luchado en una causa común, lo mejor que habían podido, pues les parecía que abandonar a estos hombres a su suerte, equivalía a desertar y mostrarse cobardes. Tales consideraciones inspiradas en el honor militar retardaron por algún tiempo la retirada de los insignificantes destacamentos aliados y la terminación de los abastecimientos que se entregaban a los «blancos». Cuando se realizó esto, finalmente, los estadistas aliados sintieron gran alivio, y desde entonces adoptaron una política de estricta neutralidad con relación a los asuntos rusos.

Fue una desgracia, en verdad, que las naciones occidentales se hayan embrollado contra su voluntad en la guerra civil rusa, pues habría sido mejor que la situación militar de 1917 y 1918 no los hubiese llevado a intervenir. Pero no se debe pasar por alto el hecho de que el abandono de la

intervención en Rusia significó el fracaso definitivo de la política del presidente Wilson. Los Estados Unidos habían entrado a la guerra con el fin de conseguir que «la democracia estuviera segura en el mundo». La victoria aplastó al kaiser, sustituyendo la autocracia imperial limitada y comparativamente suave, por un gobierno republicano en Alemania; pero, en cambio, creó en Rusia una dictadura en comparación con la cual el despotismo de los zares podía describirse como liberal. A pesar de todo, los aliados no estaban dispuestos a salvar la democracia en Rusia, como lo habían intentado en Alemania. Después de todo, en Alemania, durante el régimen del kaiser, existían parlamentos, ministros responsables ante aquellos, jurados populares, libertad de pensamiento, de religión y de prensa, con una limitación no mucho mayor que en el mundo occidental. Rusia soviética estableció, desde un principio, un despotismo sin límites.

Tanto los americanos, como los franceses y los británicos, no pudieron apreciar las cosas desde este punto de vista, aunque pensaron en forma diferente las fuerzas antidemocráticas en Alemania, Italia, Polonia, Hungría y los Balkanes. Según lo interpretaron, la neutralidad de las potencias aliadas con respecto a Rusia era prueba de que su interés por la democracia había sido un mero engaño. Habían luchado contra Alemania por envidia de su prosperidad económica, en tanto que perdonaban a la nueva autocracia rusa porque no sentían temor de su fuerza económica. Llegaron a la conclusión de que la democracia no era más que una palabra sugestiva con que engañar a los tontos, y temieron que la atracción emocional de este reclamo pudiera servir de disfraz, algún día, para enderezar ataques insidiosos contra su propia independencia.

Desde que abandonaron la intervención en Rusia, ésta no tuvo ya, ciertamente, razón de temer a las grandes potencias occidentales, ni tampoco a una agresión nazi. Las afirmaciones en contrario, muy diseminadas en la Europa occidental y en los Estados Unidos, eran resultado de una completa ignorancia acerca de los asuntos alemanes. Los rusos, en cambio, conocían bien a Alemania y a los nazis y habían leído Mein Kampf. De este libro sacaron la información de que Hitler no sólo codiciaba Ucrania, sino que su idea estratégica fundamental era lanzarse a

la conquista de Rusia únicamente después de haber aniquilado para siempre a Francia. Los rusos se hallaban por completo convencidos de que era vana la ilusión de Hitler, según la expresa en su libro, de que la Gran Bretaña y los Estados Unidos se mantendrían ajenos a esta guerra y de que dejarían que Francia fuese destruida sin hacer nada. Estaban igualmente seguros de que esta nueva contienda universal en la que su proyecto era mantenerse neutrales, resultaría en la derrota de Alemania. Y esta derrota, era su tesis, permitiría extender el bolchevismo no sólo en Alemania, sino en toda Europa. Guiado por esta opinión, Stalin ayudó al rearme secreto alemán, desde que existía la república de Weimar, y los comunistas alemanes ayudaron a los nazis, en la medida de sus posibilidades, en sus intentos para minar las bases del régimen de Weimar. Finalmente, Stalin celebró una alianza con Hitler en agosto de 1939, a fin de dejarle manos libres en el Occidente.

Lo que Stalin no pudo prever —como tampoco lo previeron otras gentes— fue el éxito abrumador que lograron los ejércitos alemanes en 1940. Si Hitler atacó a Rusia en 1941, ello se debió a que se hallaba totalmente convencido de que no solamente Francia, sino también la Gran Bretaña, estaban derrotadas, de que los Estados Unidos, amenazados en la retaguardia por el Japón, no tendrían la fuerza suficiente para intervenir en los asuntos europeos con perspectivas de buen éxito.

La desintegración del imperio de los Habsburgos, en 1918, y la derrota de los nazis, en 1945, han abierto las puertas de Europa a Rusia. Esta es la única potencia militar que existe actualmente en ese continente. ¿A qué se debe el empeño de los rusos en conquistar territorios y anexionárselos? Es evidente que no necesitan los recursos de esos países. Tampoco ha impulsado a Stalin la idea de que esa clase de conquistas aumente su popularidad ante las masas rusas, pues sus apáticos súbditos son indiferentes a las glorias militares. No es a las masas a quienes el dictador ruso pretende aplacar por medio de su política agresiva, sino a los intelectuales cuya ortodoxia marxista se ve en peligro, la ortodoxia que constituye la base misma del poder soviético.

Fue tan estrecho el criterio de estos intelectuales rusos, que se engulleron las modificaciones del credo marxista que halagan su chauvinismo ruso, a pesar de que importaban el abandono efectivo de las enseñanzas esenciales del materialismo dialéctico. Creyeron a ciegas en la doctrina de que la Sarita Rusia podía saltar por encima de una de las etapas insalvables de la evolución económica, que había descrito Marx. Se enorgullecían de representar la vanguardia del proletariado y de la revolución universal, al realizar por primera vez el socialismo únicamente en un país y poner así un ejemplo glorioso a las demás naciones. Pero es de todo punto imposible explicarles la razón Engels, que no pueden esconderse de la vista de estos intelectuales, descubren que los padres del marxismo consideraron que los países más civilizados y más avanzados en la evolución del capitalismo eran la Gran Bretaña y Francia, y aun Alemania. Estos estudiantes de las universidades marxistas pueden ser tan obtusos que no comprendan las doctrinas filosóficas y económicas del evangelio marxista, pero no tanto como para no ver que Marx consideró que dichos países occidentales se encuentran mucho más adelantados que Rusia. Así, pues, algunos de estos estudiantes de política económica y de estadística empiezan a sospechar que el nivel de vida de las masas es mucho más alto en los países capitalistas que en el suyo. ¿Cómo puede ser esto así? ¿Por qué son las condiciones mucho más favorables en esos Estados Unidos, que a pesar de ocupar el primer lugar en la producción capitalista, son los más retrasados por lo que se refiere al despertar de la conciencia de clase de los proletarios?

La inferencia que se desprende de estos hechos parece ineludible. Si los países más adelantados no adoptan el comunismo y si prosperan dentro del sistema capitalista; si el comunismo está circunscrito a un solo país, al que Marx consideraba atrasado, y no trae riqueza para todos, ¿no consistirá la interpretación correcta en que el comunismo caracteriza a los países atrasados y en que su resultado es la pobreza general? ¿No deben avergonzarse los patriotas rusos de que en su país impere este sistema?

Pensamientos como éstos son muy peligrosos en un país despótico. Quienquiera que se atreviera a expresarlos sería liquidado sin piedad por la

G.P.U. Pero aun sin expresarlos se hallan en la punta de la lengua de todos los hombres inteligentes. Turban el sueño de los funcionarios más elevados y aun quizás también el del gran dictador. No hay duda de que éste dispone de todo el poder necesario para triturar a cualquier opositor, pero hay razones de conveniencia que desaconsejan suprimir a todas las personas de buen juicio para gobernar al país solamente con tontos.

Esta es la verdadera crisis del marxismo ruso y cada día que pasa sin que sobrevenga la revolución universal la hace más grave. Los soviéticos se encuentran frente a un dilema: o conquistan el mundo o se ven amenazados en su propio país por la defección del grupo de las gentes cultas. Lo que empuja a la Rusia stalinista a no retroceder ante nada en sus intentos de agresión, es el temor respecto del estado ideológico en que se encuentran los espíritus más sagaces de ese país.

V

La Herejía de Trotsky

La doctrina dictatorial, conforme ha sido enseñada por los bolcheviques rusos, los fascistas italianos y los nazis alemanes, tácitamente supone que no puede presentarse desacuerdo alguno en relación con el problema de la persona que deberá asumir la dictadura. Las fuerzas místicas que norman el curso de los acontecimientos históricos designan al líder carismático. Todas las personas de bien están obligadas a someterse a los insondables mandatos de la historia y a postrarse de hinojos ante el trono del hombre escogido por el destino. Quienes declinan seguir esta conducta son heréticos, bribones, abyectos, a los que es preciso «liquidar».

Lo que en realidad sucede, es que del poder dictatorial se apodera quien tiene más fortuna para exterminar oportunamente a sus rivales y a los secuaces de éstos. El dictador despeja el camino al poder supremo mediante la matanza de todos sus competidores, y conserva su eminente posición exterminando a cuantos pudieran disputársela. La historia de todos los despotismos orientales atestigua este hecho y lo corrobora lo acontecido en las dictaduras contemporáneas.

Cuando Lenin murió en 1924, Stalin desbancó a Trotsky, su más peligroso rival, quien tuvo que escapar y vivió desterrado en varios países

de Europa, Asia y América, hasta que fue asesinado en la ciudad de México. Así Stalin logró mantenerse como gobernante absoluto de Rusia.

Trotsky fue un intelectual del tipo marxista ortodoxo, y como tal procuró dar a su contienda personal con Stalin la apariencia de un conflicto por razón de principios. Trató de elaborar una doctrina trotskista, por oposición a una doctrina stalinista. Condenó la política de Stalin como una apostasía de la sagrada herencia de Marx y Lenin, a lo que Stalin replicó en igual forma. El hecho escueto es que no había conflicto de ideas o de principios opuestos, sino una rivalidad personal entre dos hombres. Aunque existió disparidad de criterio sobre puntos de importancia secundaria, en materia de métodos tácticos, en todos los asuntos esenciales, Stalin y Trotsky estuvieron de acuerdo.

Trotsky había vivido en países extranjeros muchos años antes de 1917, y por tanto se hallaba un tanto familiarizado con las principales lenguas de los países occidentales. Se hacía pasar como experto en asuntos internacionales, a pesar de que en realidad nada sabía acerca de civilización occidental, de sus ideas políticas y de sus condiciones económicas. Como expatriado errante que fue, sólo pudo frecuentar los círculos de otros desterrados; y los únicos extranjeros a quienes trató ocasionalmente, en los cafés y clubes de Europa central y occidental, eran doctrinarios radicales, a quienes sus prejuicios marxistas les impedían comprender la realidad. Sus principales lecturas consistieron en libros y periódicos marxistas y desdeñaba cualesquiera otros escritos, que calificaba de literatura «burguesa». Estaba absolutamente incapacitado para ver los acontecimientos desde cualquier ángulo que no fuese el del marxismo, y como Marx, estaba pronto a interpretar cualquier gran huelga o cualquier pequeño motín, como el signo de que había estallado la gran revolución definitiva.

Stalin es un nativo de Georgia, rudimentariamente instruido, que carece de todo conocimiento de las lenguas occidentales. Desconoce Europa y América. Aun sus hechos como autor marxista están en tela de juicio. Mas precisamente el no estar adoctrinado en los dogmas marxistas, no obstante ser comunista de ideas firmes, le dio superioridad sobre Trotsky. Stalin no

estaba alucinado por los credos espurios del materialismo dialéctico, de tal manera que cuando se enfrentaba con algún problema, no buscaba su interpretación en los escritos de Marx y Engels, sino que confiaba en su sentido común. Tuvo el suficiente juicio para percatarse de que la política de una revolución mundial, conforme la habían iniciado Lenin y Trotsky en 1917, había fracasado por completo más allá de las fronteras rusas.

Los comunistas en Alemania, capitaneados por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, fueron aplastados por destacamentos del ejército regular y por voluntarios nacionalistas, en enero de 1919, en un sangriento encuentro que se libró en las calles de Berlín. El intento comunista para adueñarse del poder en Munich, en la primavera del mismo año, y la asonada de Hölz^[20] en marzo de 1921, terminaron, igualmente, en un fracaso. En Hungría los comunistas fueron derrotados por Horthy y Gombos y el ejército rumano en 1919; y en el mismo año y en el anterior, abortaron en Austria varios complotos comunistas, así como fue fácilmente sofocado, por la policía de Viena, un levantamiento de caracteres violentos en 1927. La ocupación de las fábricas que ocurrió en Italia en 1920, se malogró por completo, y la propaganda comunista, en Francia y Suiza, que tuvo una apariencia tan poderosa en los primeros años siguientes al armisticio en 1918, se evaporó rápidamente después. Por último, la huelga general promovida por los sindicatos obreros de la Gran Bretaña, en 1926, resultó un fiasco lamentable.

Trotsky estaba tan cegado por su ortodoxia, que no quería admitir que los métodos bolcheviques habían fallado, pero Stalin lo comprendió perfectamente. No abandonó la idea de instigar brotes revolucionarios en todos los países extranjeros y de conquistar el mundo entero para los soviéticos, pero sí se percató de que era necesario aplazar, por algunos años, la política agresora, a fin de recurrir a nuevos métodos para su ejecución. Trotsky estaba equivocado al acusar a Stalin de que había estrangulado la causa comunista fuera de Rusia, pues lo que Stalin hizo en verdad fue aplicar otros medios para lograr los fines que son comunes a él y a todos los demás marxistas.

Como exégeta de los dogmas marxistas, Stalin era, sin duda, inferior a Trotsky, pero lo superaba considerablemente como político. El bolchevismo debe sus éxitos de táctica en la política mundial a Stalin, no a Trotsky.

En el campo de la política interior, Trotsky recurrió a las manoseadas tretas que han aplicado todos los marxistas cuando critican las medidas socialistas que adoptan otros partidos. Todo lo que Stalin hacía no era socialismo verdadero y comunismo verdadero, sino, por el contrario, su completa negación, una perversión mostruosa de los elevados principios de Marx y Lenin. Todos los rasgos desastrosos del control público de la producción y distribución que se practicaba en Rusia, eran resultado de la política de Stalin, según la interpretación de Trotsky, y no las consecuencias inevitables de los métodos comunistas. Eran fenómenos concomitantes del stalinismo y no del comunismo, y atribuía a culpa exclusiva de Stalin que una burocracia irresponsable y absolutista, se hubiera vuelto suprema, que una clase de oligarcas privilegiados gozaran de lujos mientras las masas vivían en los umbrales del hambre; que un régimen terrorista ejecutara a la vieja guardia de revolucionarios y condenara a millones de gentes a trabajar como esclavos en los campos de concentración, que la policía secreta fuese todopoderosa, que los sindicatos obreros fueran impotentes, y que las masas estuvieran privadas de todos los derechos y libertades. Stalin no era campeón de la sociedad igualitaria, sin clases, sino el iniciador de un regreso a los peores métodos del gobierno de clase y de la explotación. Una nueva capa gobernante, en la proximidad del diez por ciento de la población, oprimía sin piedad y explotaba a la inmensa mayoría de afanados proletariados.

Trotsky no acertaba a explicarse cómo podían realizar esto un solo hombre y el pequeño grupo de sus seguidores incondicionales. ¿Dónde estaban las «fuerzas productivas materiales», de que tanto se habla en el materialismo histórico marxista, que —«independientes de la voluntad de los individuos»— determinan el curso de los acontecimientos humanos «con la inexorabilidad de una ley de la naturaleza»? ¿Cómo podría acontecer que un solo hombre estuviera en posibilidad de modificar la «superestructura jurídica y política» que en forma inalterable y única está

fijada por la estructura económica de la sociedad? Aun Trotsky aceptaba que ya no existía propiedad privada de los medios de producción en Rusia, pues en el imperio de Stalin la producción y la distribución se hallaban por completo controladas por la «sociedad». Es un dogma fundamental del marxismo que la superestructura de tal sistema debe constituir necesariamente la felicidad del paraíso terrenal. En todo el complejo de las doctrinas marxistas no existe lugar para una interpretación que culpe a los individuos de provocar un proceso degenerativo, que pudiera convertir las ventajas del control público de los negocios en perjuicios. Un marxista consistente —si acaso la consistencia es compatible con el marxismo— tendría que admitir que el sistema político de Stalin era la superestructura necesaria del comunismo.

Todos los puntos esenciales del programa de Trotsky concordaban perfectamente con la política de Stalin. Trotsky era partidario de la industrialización de Rusia y ella constituía el objetivo de los planes quinquenales de Stalin. De igual modo, Trotsky se declaró en favor de la colectivización de la agricultura y Stalin estableció los kolkhozes y liquidó a los kulaks. Aquél favorecía la organización de un ejército poderoso y Stalin lo organizó. Tampoco fue amigo de la democracia mientras estuvo en el poder, pues, al contrario, se constituyó en sostenedor fanático de la opresión dictatorial contra todos los «saboteadores». Es verdad que no pudo prever que el dictador lo consideraría a él, a Trotsky, autor de opúsculos marxistas y veterano de la gloriosa exterminación de los Romanoff, como el más perverso de todos los saboteadores. De igual modo que todos los partidarios de la dictadura, supuso tácitamente que él mismo o alguno de sus amigos íntimos sería dictador.

Trotsky fue un crítico del burocratismo, pero no propuso ningún otro método para dirigir los asuntos de un sistema socialista. No existe otra alternativa para sustituir al sistema de empresa privada que se inspira en el lucro, que la dirección burocrática.^[21]

La verdad de todo esto es que Trotsky le encontraba a Stalin un solo defecto: que era el dictador, en vez de que lo fuera Trotsky. En su rivalidad ambos tenían razón: Stalin, al sostener que su régimen era la encarnación de

los principios comunistas, y Trotsky, al asegurar que el régimen de Stalin había convertido a Rusia en un infierno.

El trotskismo no desapareció por completo con la muerte de Trotsky, de igual modo que en Francia los partidarios del general Boulanger, sobrevivieron a éste durante algún tiempo, y que todavía hay carlistas en España, aunque han desaparecido ya los descendientes de don Carlos. Como es obvio, tales movimientos póstumos están condenados al fracaso.

Pero en todos los países existen gentes que se atemorizan cuando ven de frente la verdadera faz del comunismo, aunque sean partidarios fanáticos de la idea de una planificación absoluta, esto es, de la propiedad pública de los medios de producción. Estas personas viven desilusionadas. Sueñan con un Edén, pues para ellas el comunismo y el socialismo significan una vida fácil, de abundantes riquezas y el goce pleno de toda clase de libertades y satisfacciones. No logran darse cuenta de las contradicciones inherentes en la imagen que se han formado de la sociedad comunista, y han aceptado sin proceso crítico alguno todas las locas fantasías de Charles Fourier y todos los absurdos de Veblen. Creen firmemente en la afirmación de Engels de que en el socialismo reinará una libertad sin límites. Acusan al capitalismo de todo aquello que les desagrada y se encuentran totalmente convencidas de que el socialismo las libertará de todo mal. Asimismo, atribuyen sus propios fracasos y frustraciones a la inequidad de este «furioso» sistema de competencia, y esperan que el socialismo les atribuirá la eminente posición y el alto ingreso que por derecho les pertenecen. Son otras tantas Cenicientas, que suspiran por el príncipe salvador que reconocerá sus méritos y virtudes. El odio al capitalismo y el culto del comunismo constituyen su consuelo, y les permiten ocultarse a sí mismos su propia inferioridad y culpar al «sistema» de sus deficiencias.

Al defender la dictadura, estas personas abogan siempre por un dictador de su propia camarilla. Y al pedir la planificación, piensan siempre en el plan que ellos han formulado, y no en un plan elaborado por otras gentes. Nunca admitirán que un régimen socialista o comunista pueda serlo verdadera y genuinamente, si no les concede los cargos más eminentes y los ingresos más altos, pues para ellos el rasgo esencial de un verdadero y

genuino comunismo es que todos los asuntos se conduzcan precisamente de conformidad con sus deseos y que todas aquellas personas que disientan sean aplastadas hasta que se sometan.

Es un hecho que la mayor parte de nuestros contemporáneos están imbuidos de ideas socialistas y comunistas. Sin embargo, ello no significa unanimidad para apoyar la socialización de los medios de producción y el control público de la producción y la distribución. Al contrario, cada círculo socialista se opone fanáticamente a los planes de todos los demás grupos socialistas, y las varias sectas de esta doctrina se combaten en la forma más encarnizada posible.

Si el caso de Trotsky y el caso análogo de Gregor Strasser en Alemania nazi fuesen ejemplos aislados, no habría necesidad de ocuparse de ellos. Sin embargo, no son incidentes que suceden por casualidad, sino que constituyen casos típicos. Su estudio revela las causas psicológicas tanto de la popularidad del socialismo como de su impracticabilidad.

VI

La Liberación de los Demonios

La historia de la humanidad es la historia de las ideas. Son las ideas, las teorías y las doctrinas las que guían la acción del hombre, determinan los fines últimos que éste persigue y la elección de los medios que emplea para alcanzar tales fines. Los acontecimientos sensacionales, que excitan las emociones y despiertan el interés de los observadores superficiales, no son otra cosa que la consumación de cambios ideológicos. No existen transformaciones bruscas y arrasadoras en los asuntos humanos. Lo que en una terminología algo inexacta se conoce como «punto decisivo de la historia», consiste en la aparición de fuerzas que por largo espacio de tiempo estaban ya en acción detrás del telón. Ideologías nuevas que desde antes habían substituido a las anteriores, dejan caer el último velo que las cubría, y aun las personas de criterio menos despierto perciben los cambios que antes no habían podido notar. En este sentido el hecho de que Lenin se apoderara del poder en octubre de 1917, fue ciertamente un punto decisivo. Pero tuvo un significado muy diferente del que los comunistas le atribuyen.

La victoria soviética desempeñó un papel de poca importancia en la evolución hacia el socialismo. La política prosocialista de los países industriales de Europa central y occidental revistió mucha mayor

importancia en este sentido. El plan de seguridad social de Bismarck fue un primer paso mucho más significativo, en el camino del socialismo, que la expropiación de las atrasadas fábricas rusas. Los ferrocarriles nacionales prusianos habían sido el único ejemplo de un negocio manejado por el gobierno, que había escapado a un fracaso financiero evidente, al menos durante algún tiempo, y para 1914, los ingleses habían adoptado partes esenciales del sistema de seguridad social alemán, y en todos los países industriales los gobiernos estaban entregados a una política intervencionista cuyo resultado final tenía que ser el socialismo. Durante la guerra, la mayor parte de esos gobiernos se había embarcado en lo que se llamó socialismo de guerra, y el programa de Hindenburg, en Alemania, que no pudo llevarse a completa ejecución, como era natural, debido a la derrota de ese país, no era menos radical, pero sí mucho mejor elaborado, que el tan comentado plan quinquenal ruso.

En los países predominantemente industriales del Occidente, los métodos rusos no eran útiles a los socialistas, porque para esos países era indispensable producir manufacturas para la exportación. No podían adoptar el sistema ruso de autarquía económica, ya que Rusia nunca había exportado productos manufacturados en cantidades dignas de mención, y bajo el sistema soviético, se retiró casi por completo del mercado internacional de cereales y materias primas. Aun los socialistas más fanáticos no pudieron dejar de admitir que el Occidente nada podía aprender de Rusia. Es obvio que los éxitos tecnológicos de que los bolcheviques se vanagloriaban, se reducían a inhábiles imitaciones de las cosas realizadas en el Occidente. Lenin definió el comunismo como «el poderío soviético más la electrificación». Ahora bien, la electrificación no es ciertamente de origen ruso, y las naciones occidentales exceden a Rusia en este campo, no menos que en cualquiera otra de las ramas industriales.

El significado real de la revolución de Lenin debe verse en el hecho de que fue la explosión del principio de irrestricta violencia y opresión. Fue la negación de todos los ideales políticos que durante tres mil años habían guiado la evolución de la civilización occidental.

El estado y el gobierno no son más que el aparato social de coerción violenta y de represión. Dicho aparato, el poder policial, es indispensable con objeto de evitar que los individuos y grupos antisociales destruyan la cooperación social. La prevención violenta y la supresión de las actividades antisociales benefician a la totalidad de la sociedad y a cada uno de sus miembros. A pesar de ello, la violencia y la opresión son malas en sí mismas, y corrompen a quienes se hallan encargados de aplicarlas. Es necesario restringir el poder de quienes desempeñan cargos públicos por temor de que se conviertan en déspotas absolutos. La sociedad no puede subsistir sin el aparato de coerción violenta. Pero tampoco puede subsistir si los funcionarios son tiranos irresponsables, libres para perjudicar a aquellas personas que les desagradan.

Las leyes tienen la función social de frenar la arbitrariedad de la policía. El régimen de derecho restringe la arbitrariedad de los funcionarios hasta donde es posible. Limita estrictamente su poder discrecional y de esta manera señala a los ciudadanos una esfera en la que pueden obrar libremente sin verse impedidos de hacerlo por causa de la intromisión del gobierno.

La libertad significa siempre libertad de la intervención de la policía. En la naturaleza no existe lo que llamamos libertad. Sólo existe la rigidez inmovible de las leyes de la naturaleza, a las que debe someterse el hombre incondicionalmente si quiere alcanzar cualesquiera fines. Tampoco existió libertad en las imaginarias condiciones del Paraíso, que conforme a la fantástica palabrería de muchos escritores antecedió al establecimiento de los vínculos sociales. Donde no hay gobierno, cada individuo se encuentra a merced del vecino más fuerte. La libertad únicamente puede lograrse dentro de un estado organizado, que esté pronto a impedir que el malhechor mate y robe a sus prójimos más débiles. Pero sólo el régimen de derecho impide que los gobernantes se conviertan en la peor clase de malhechores.

Las leyes dan normas para la acción lícita. Fijan el procedimiento adecuado para derogar o modificar las leyes existentes y para expedir otras nuevas. De igual modo, fijan el procedimiento que se requiere para aplicar las leyes a casos determinados, el debido proceso legal. Establecen cortes y

tribunales. En todas estas formas persiguen evitar un estado de cosas en que los individuos estén a merced de los gobernantes.

El hombre mortal está expuesto a cometer errores, y son asimismo falibles los legisladores y los jueces. Puede suceder una y más veces que las leyes vigentes o su interpretación por los tribunales impidan a los órganos del Poder Ejecutivo recurrir a ciertas medidas que podrían ser benéficas. Sin embargo, de esto no puede resultar un gran daño. Si los legisladores reconocen la deficiencia de las leyes en vigor, podrán modificarlas. Nadie niega que un delincuente pueda a veces evadir el castigo, porque existe una laguna en la ley o porque el fiscal ha descuidado algunas formalidades, pero ello constituye un mal menor si se le compara con las consecuencias de un poder discrecional ilimitado en manos de un déspota «benévolo».

Este es precisamente el punto que no ven los individuos antisociales. Esta clase de gentes condenan el formalismo del debido proceso legal. ¿Por qué han las leyes de estorbar al gobierno de recurrir a medidas benéficas? ¿No es un fetichismo hacer que las leyes sean supremas en vez de que lo sea la conveniencia pública? Proponen que el estado de derecho sea sustituido por el estado del bienestar (wohlfarstaat) (Rech-staat). En ese estado-beneficencia, el gobierno paternalista quedaría en libertad para llevar a cabo todo lo que considere benéfico a la comunidad. «Los pedazos de papel» no deben detener a un gobernante ilustrado en sus esfuerzos por fomentar el bienestar general. Hay que aplastar sin misericordia a todos los opositores para evitar que frustren la acción benéfica del gobierno. Es preciso que las formalidades vacías dejen de protegerlos contra el castigo que merecen.

Es común llamar punto de vista social al punto de vista de los partidarios del estado del bienestar, para distinguirlo del punto de vista «individualista» y «egoísta» de los campeones del régimen de derecho. A pesar de esto, la realidad es que los adeptos del estado-beneficencia son unos fanáticos, totalmente antisociales e intolerantes, porque su ideología implica tácitamente que el gobierno realizará exactamente lo que ellos consideran como correcto y benéfico. Se desentienden por completo de la posibilidad de que pudiera surgir desacuerdo con respecto a lo que es

debido y conveniente y a lo que no lo es. Defienden el despotismo ilustrado, pero están convencidos de que el déspota ilustrado se sujetará en todos los detalles a la opinión de ellos en lo que toca a las medidas que deben adoptarse. Son partidarios de la planificación, pero lo que tienen en la mente es su propio plan, con exclusión de cualesquiera otros. Desean exterminar a sus opositores, esto es, a todos los que disienten de su parecer. Son por completo intolerantes y no se hallan dispuestos a permitir disensiones. Todo defensor del estado del bienestar y de la planificación es un dictador en potencia. Su plan tiende a la supresión de los derechos de todos los demás hombres y al establecimiento de su omnipotencia ilimitada, así como de la de sus amigos. Se niega a persuadir a sus conciudadanos y prefiere «liquidarlos». Desprecia a la sociedad «burguesa» que rinde culto a la ley y al procedimiento legal, porque cree en la violencia y el derramamiento de sangre.

El conflicto irreconciliable de estas dos doctrinas, régimen de derecho y estado-beneficencia, fue el punto crucial en todas las luchas que el hombre ha librado en favor de la libertad. La evolución ha sido larga y penosa, y los campeones del absolutismo han triunfado una y otra vez, pero al final predominó el régimen de derecho en el ámbito de la civilización occidental. El signo característico de esta civilización es el régimen de derecho o el gobierno limitado, en la forma en que lo han salvaguardado las constituciones y las declaraciones de derechos del hombre. Fue este régimen el que hizo posibles las proezas maravillosas del capitalismo moderno y de su «superestructura», la democracia, como diría un marxista que no retroceda ante las consecuencias de sus teorías. Obtuvo un bienestar sin precedente para una población en constante aumento. Las masas en los países capitalistas gozan hoy día de un nivel de vida mucho más alto que el de las clases acomodadas en etapas anteriores de la historia.

Todas estas victorias no han disminuido la actividad y el celo de los defensores del despotismo y la planificación. Sin embargo, habría sido absurdo que los defensores del totalitarismo expusieran abiertamente las consecuencias dictatoriales irremediables de sus empeños. En el siglo XIX las ideas de libertad y del régimen de derecho habían ganado tal prestigio

que parecía locura atacarlas de frente. La opinión pública se hallaba firmemente convencida de que el despotismo estaba liquidado y de que nunca podría restaurarse. ¿No fue acaso obligado aun el zar en la bárbara Rusia a abolir la servidumbre, establecer el juicio por jurados, conceder libertad limitada a la prensa y respetar las leyes?

Consiguientemente, los socialistas acudieron a una treta. Siguieron discutiendo el advenimiento de la dictadura del proletariado, esto es, la dictadura de las ideas personales de cada autor socialista, en sus círculos esotéricos. Pero al gran público le hablaron en forma diferente. El socialismo, afirmaban, nos traerá la verdadera y completa libertad y la democracia. Suprimirá toda clase de compulsiones y coerciones. El estado se «desvanecerá». En la comunidad socialista del futuro no habrá jueces ni policías, ni horcas, ni prisiones.

Pero ahora los bolcheviques se quitaron la careta. Estaban completamente convencidos de que había alborado el día de su victoria final e incommovible. Continuar el disimulo no era posible ni necesario, y el evangelio del derramamiento de sangre se podía predicar abiertamente. Encontró respuesta entusiasta entre los literatos degenerados y los intelectuales de salón, quienes, por muchos años, habían ya desvariado con los escritos de Sorel y Nietzsche. Los frutos de la «traición de los intelectuales»^[22] alcanzaron plena madurez. Los jóvenes que se habían nutrido en las ideas de Carlyle y Ruskin estaban listos para tomar las riendas.

Lenin no fue el primer usurpador, pues muchos tiranos le habían ya precedido. Pero sus antecesores estaban en conflicto con las ideas sostenidas por sus contemporáneos más eminentes. Estaba en contra de ellos la opinión pública, porque sus principios de gobierno eran diferentes a los principios generalmente aceptados de derecho y legalidad. Se les despreciaba y detestaba como usurpadores, a pesar de lo cual la usurpación de Lenin se vio bajo una luz diferente. Era el superhombre brutal cuyo advenimiento era anhelado por los aspirantes a filósofos. Era el espurio salvador al que ha escogido la historia para traer la salvación por medio del derramamiento de sangre. ¿No era acaso el discípulo más ortodoxo del

socialismo «científico» de Marx? ¿No era el hombre destinado a realizar los planes socialistas para cuya ejecución los débiles estadistas de las decadentes democracias eran demasiado tímidos? Todas las gentes bien intencionadas pedían el socialismo: la ciencia, por boca de los profesores infalibles, lo recomendaba; las iglesias predicaban el socialismo cristiano; los trabajadores suspiraban por la abolición del sistema de salarios. Aquí estaba el hombre capaz de satisfacer todos estos deseos y lo suficientemente cuerdo para saber que no se puede freír una tortilla sin romper los huevos.

Medio siglo antes, toda la gente civilizada había censurado a Bismarck cuando declaró que los grandes problemas de la historia deben resolverse por medio de la sangre y el hierro. Ahora, la inmensa mayoría de hombres cuasi-civilizados se inclinaba ante el dictador, dispuesto a derramar mucha más sangre que toda la que pudo haber derramado Bismarck.

Este fue el verdadero significado de la revolución de Lenin. Todas las ideas tradicionales en materia de derecho y legalidad fueron arrojadas por la borda. La regla de violencia irrestricta y de usurpación sustituyó al régimen de derecho. El «estrecho horizonte de la legalidad burguesa», según la apodó Marx, se abandonó. En lo de adelante ninguna ley podría ya limitar por más tiempo el poder de los elegidos y quedaron en aptitud de matar ad libitum. Los impulsos innatos del hombre, de exterminar por la violencia a todos aquellos por quienes siente aversión, reprimidos por una evolución larga y pesada, brotaron abiertamente. Los demonios fueron desencadenados. Una nueva edad, la edad de los usurpadores, despuntó. Los malhechores fueron llamados a la acción y escucharon la Voz.

Naturalmente que Lenin no quiso hacer esto. No pretendió conceder a otros las prerrogativas que reclamaba para sí mismo, ni quiso otorgar a los demás hombres el privilegio de liquidar a sus adversarios. La historia lo había elegido únicamente a él, y le había confiado el poder dictatorial. El era el único dictador «legítimo», porque... una voz interior se lo había revelado. Lenin no era suficientemente perspicaz para prever que otros hombres, imbuidos de creencias diferentes serían suficientemente audaces para pretender que ellos también habían sido llamados por una voz interior.

Sin embargo, pocos años después, dos hombres parecidos, Mussolini y Hitler, llegaron a descollar considerablemente.

Es importante darse cuenta de que el fascismo y el nazismo fueron dictaduras socialistas. Los comunistas, tanto los miembros registrados de los partidos comunistas como los simpatizadores no declarados, estigmatizan al fascismo y al nazismo como la última y más alta y depravada etapa del capitalismo. Esto se halla en perfecta consonancia con su costumbre de llamar a todos los partidos que no se someten incondicionalmente a los dictados de Moscú —aun a los socialdemócratas alemanes, el partido clásico del marxismo— alquilones del capitalismo.

Es de mucha mayor trascendencia que los comunistas hayan tenido éxito en cambiar la connotación semántica del término fascismo. Fascismo, como se verá después, era una variedad del socialismo italiano. Se ajustaba a las condiciones particulares de las masas en una Italia superpoblada. No era un producto del cerebro de Mussolini y sobrevivirá a la caída de éste. Las políticas extranjeras del fascismo y el nazismo, desde los primeros comienzos, más bien eran opuestas. El hecho de que los nazis y los fascistas cooperaran estrechamente después de la guerra de Etiopía, y fueran aliados en la Segunda Guerra Mundial, no suprimió las diferencias entre ambos credos, de igual manera que la alianza entre Rusia y los Estados Unidos no pudo borrar las diferencias entre el soviétismo y el sistema económico americano. Tanto el fascismo como el nazismo profesaban el principio soviético de la dictadura y la opresión violenta de los disidentes. Si quiere situarse al fascismo y al nazismo en la misma clase de sistemas políticos, se debe llamar régimen dictatorial a esta clase y no se debe omitir colocar a los soviets en la misma categoría.

En los últimos años las innovaciones semánticas de los comunistas han ido más lejos todavía. A quienquiera que les desagrada le llaman fascista, y así apodan a todos los defensores del sistema de iniciativa privada. El bolchevismo, dicen, es el único sistema realmente democrático. Todos los países y partidos no comunistas son esencialmente no democráticos y fascistas.

Es verdad que a veces también los no socialistas —los últimos vestigios de la vieja aristocracia— jugaron con la idea de una revolución aristocrática hecha conforme al modelo de la dictadura soviética. Lenin les había abierto los ojos. ¡Qué simples hemos sido!, se lamentaban. Nos hemos dejado engañar por las falsas fórmulas verbales de la burguesía liberal. Creíamos que no era permisible desviarse del régimen de derecho y triturar sin misericordia a quienes desafiaban nuestros derechos. ¡Qué tontos fueron los Romanoff al conceder a sus enemigos mortales el beneficio de un juicio imparcial! Si alguien despierta las sospechas de Lenin, está perdido, pues no vacila en exterminar sin juicio alguno, no solamente a todos los sospechosos, sino igualmente a sus parientes y amigos. Los zares, en cambio, tenían un temor supersticioso de infringir las reglas establecidas por esos pedazos de papel que se llaman leyes. Cuando Alejandro Ulianoff conspiró contra la vida del zar, sólo él fue ejecutado y salvó la vida de su hermano Vladimiro. De esta manera, el mismo Alejandro ni preservó la vida de Ulianoff-Lenin, del hombre que exterminó sin piedad a su hijo, a su nuera y a sus nietos, y con ellos a todos los miembros que pudo aprehender de la familia. ¿No fue esta la política más estúpida y suicida?

Sin embargo, no podía resultar acción alguna del soñar despiertos de estos viejos Tories. Era un pequeño grupo de descontentos impotentes. No estaban apoyados por fuerza ideológica alguna y carecían de partidarios.

La idea de una revolución aristocrática como ésta provocó el nacimiento de los Cascos de Acero alemanes y de los Cagoulards franceses^[23]. Los Cascos de Acero fueron disueltos por una simple orden de Hitler, y el gobierno francés encarceló a los Cagoulards con facilidad antes de que tuvieran oportunidad de causar daño.

El régimen de Franco ha sido el más parecido a una dictadura aristocrática. Pero Franco fue solamente un protegido de Mussolini y Hitler, quienes deseaban asegurarse la ayuda de España para la guerra inminente con Francia o, cuando menos, su neutralidad «amistosa».

Una vez desaparecidos sus protectores, Franco tendrá que adoptar los métodos occidentales o que enfrentarse al peligro de ser desplazado.

La dictadura y la opresión violenta de todos los disidentes son, hoy en día, instituciones exclusivamente socialistas. Esto aparecerá con claridad si estudiamos más de cerca el fascismo y el nazismo.

VII

El Fascismo

Cuando estalló la guerra en 1914, el partido socialista italiano se hallaba dividido con respecto a la política que debía adoptar. Un grupo se adhería a los principios rígidos del marxismo, pues sostenía que se trataba de una guerra del capitalismo y que no era debido que los proletarios se aliaran con ninguno de los beligerantes. Los proletarios debían esperar hasta el momento de la gran revolución, la guerra civil de los socialistas unidos en contra de los explotadores, también unidos. Debían, pues, estar a favor de la neutralidad italiana. En cuanto al segundo grupo, sobre él influía profundamente el odio tradicional en contra de Austria y, en su opinión, la primera tarea de los italianos debía ser la de libertar a sus hermanos irredentos. Solamente entonces despuntaría el día de la revolución socialista.

En este conflicto, Benito Mussolini, la figura sobresaliente en el socialismo italiano, optó primeramente por la posición marxista ortodoxa. Nadie lo pudo exceder en su celo marxista, era el campeón intransigente del credo en su pureza, el defensor inflexible de los derechos de los proletarios explotados, el profeta elocuente de la bienaventuranza socialista próxima a llegar. Era también un adversario tenaz del patriotismo, del nacionalismo, del imperialismo, de la monarquía y de todas las creencias religiosas.

Cuando Italia inició en 1911 la gran serie de guerras, por medio de un ataque artero contra Turquía, Mussolini organizó demostraciones de carácter violento en oposición a la salida de las tropas para Libia. En 1914 estigmatizó la guerra contra Alemania y Austria como una guerra imperialista. Entonces se hallaba todavía bajo la influencia dominante de Angélica Balanoff, hija de un rico terrateniente ruso, quien lo había iniciado en las sutilezas del marxismo. A los ojos de ella la derrota de los Romanoff era más importante que la de los Hapsburgos y no tenía simpatías por los ideales del Risorgimento.

Pero antes que nada los intelectuales italianos eran nacionalistas y, como en los demás países europeos, la mayor parte de los marxistas deseaban la guerra y la conquista. Mussolini no estaba dispuesto a renunciar a su popularidad y lo que más odiaba era no estar del lado del grupo victorioso. Cambió, pues, de opinión y se convirtió en el defensor más fanático del ataque que Italia debía lanzar en contra de Austria. Con ayuda económica francesa fundó un periódico para luchar en pro de la guerra.

Los antifascistas inculpan a Mussolini por esta defección de las enseñanzas del marxismo rígido. Según dicen, fue sobornado por los franceses. Ahora bien, aun estos antifascistas deberían saber que la publicación de un periódico requiere dinero. Ellos mismos no hablan de soborno cuando un rico norteamericano proporciona los fondos necesarios para la publicación de un periódico que propaga el comunismo, o cuando fondos de origen misterioso afluyen a las empresas editoriales comunistas. Es un hecho que Mussolini entró en la escena de la política mundial como aliado de las democracias, mientras que Lenin lo hizo como aliado virtual de la Alemania imperial.

Más que a ninguna otra persona a Mussolini se debió que Italia entrara a la Primera Guerra Mundial. Su propaganda periodística hizo posible que el gobierno italiano declarara la guerra a Austria. Sólo tienen derecho para ver el error de su actitud, durante los años de 1914 a 1918, las pocas personas que se dan cuenta de que la desintegración del imperio austrohúngaro significaba la ruina de Europa. Únicamente pueden inculpar a Mussolini los italianos que empiezan por entender que el único medio de proteger a las

minorías de habla italiana en los distritos litorales de Austria, en contra del aniquilamiento que las amenazaba por parte de las mayorías eslavas, era preservar la integridad del Estado austríaco, cuya constitución garantizaba iguales derechos para todos los grupos lingüísticos. Mussolini fue una de las figuras más despreciables de la historia. No obstante, subsiste el hecho de que su primer gran acto político todavía merece la aprobación de todos sus compatriotas y de la inmensa mayoría de sus detractores extranjeros.

Cuando concluyó la guerra, la popularidad de Mussolini disminuyó y los comunistas, a quienes los acontecimientos en Rusia habían granjeado simpatías, continuaron su lucha. Sin embargo, la gran aventura comunista, la ocupación de las fábricas en 1920, terminó en completo fracaso y las masas desilusionadas recordaron al antiguo caudillo del partido socialista. En tropel se unieron al nuevo partido de Mussolini, los fascistas. La juventud saludó con entusiasmo tumultuoso al que se autollamaba sucesor de los Césares. Años después se jactó de haber salvado a Italia del peligro comunista y aunque sus enemigos discuten apasionadamente estas pretensiones, diciendo que el comunismo había dejado de ser un factor de importancia en Italia cuando Mussolini tomó el poder, la verdad es que el fracaso del comunismo engrosó las filas del fascismo y le permitió destruir a todos los otros partidos. La victoria abrumadora de los fascistas no fue la causa, sino la consecuencia del fiasco comunista.

El programa de los fascistas, tal y como se formuló en 1919, era vehementemente anticapitalista^[24]. Los partidarios más radicales del New Deal y hasta los comunistas mismos podrían estar de acuerdo con él. Cuando los fascistas llegaron al poder, habían olvidado los puntos de su programa que se referían a la libertad de pensamiento y de imprenta y al derecho de asociación. En este sentido fueron discípulos concienzudos de Bujarin y Lenin. Todavía más, no suprimieron las grandes compañías industriales y financieras, como habían prometido. Italia tenía gran necesidad de créditos extranjeros para el desarrollo de sus industrias, y el problema principal a que el fascismo tuvo que enfrentarse en los primeros años en que gobernó, consistió en ganar la confianza de los banqueros

extranjeros. Habría sido un acto suicida la destrucción de las grandes compañías italianas por acciones.

La política económica fascista no difirió esencialmente, en sus comienzos, de la de las otras naciones occidentales. Era una política intervencionista, pero al correr de los años se aproximó más y más al patrón nazi del socialismo. Cuando Italia entró a la segunda guerra universal, después de la derrota de Francia, su economía estaba ya modelada, en términos generales, sobre el patrón nazi. La diferencia principal] estribaba en que los fascistas eran menos eficaces y aún más corrompidos que aquéllos.

Pero Mussolini no podía permanecer mucho tiempo sin una filosofía económica de su propia invención. El fascismo se hizo pasar como una filosofía nueva, ignorada hasta entonces y desconocida en todas las demás naciones. Pretendió que era el evangelio que el espíritu redivivo de la antigua Roma aportaba a los decadentes pueblos democráticos, cuyos antepasados bárbaros destruyeron el Imperio Romano. Era la consumación del Renacimiento y del Resurgimiento en todos los aspectos; la liberación final del genio latino del yugo de ideologías extranjeras. Su resplandecimiento caudillo, el Duce sin par, estaba llamado a encontrar la solución definitiva a los candentes problemas de la organización económica de la sociedad y de la justicia social.

Del desecho de las utopías socialistas, los sabios del fascismo exhumaron la idea del socialismo gremial. Esta variedad de socialismo había sido muy popular entre los socialistas británicos en los últimos años de la primera guerra universal y en los siguientes al armisticio. Resultaba tan impráctico, que pronto desapareció de la literatura socialista. Ningún estadista serio puso nunca atención a los planes confusos y contradictorios del socialismo gremial, y estaba casi olvidado cuando los fascistas le prendieron un nuevo marbete y proclamaron rimbombantemente que el corporativismo era la nueva panacea social. Cautivó a mucho público, dentro y fuera de Italia, y se escribieron innumerables libros, folletos y artículos en elogio del stato corporativo. Muy pronto los gobiernos de Austria y Portugal declararon que se adherían a los nobles principios del

corporativismo. La encíclica papal *Quadragesimo Anno* (1931), incluyó algunos párrafos que podían interpretarse —aunque no necesariamente— como aprobación del corporativismo. También en Francia encontraron estas ideas muchos elocuentes defensores.

Todo se redujo a palabras vacías, pues los fascistas nunca hicieron intento alguno para llevar a la práctica el programa corporativista, el self-government industrial. Cambiaron el nombre a las Cámaras de Comercio por el de Consejos Corporativos. Llamaron *corporazione* a la organización obligatoria de las varias reúnas de la industria, que eran las unidades administrativas para la ejecución del modelo alemán del socialismo que habían adoptado. Pero no había tal autogobierno de la *corporazione*, pues el gabinete fascista no toleró la intromisión de nadie en su control autoritario y absoluto de la producción. Todos los planes para el establecimiento del sistema corporativo permanecieron letra muerta.

El problema principal de Italia consiste en que está superpoblada en comparación con otras naciones. En esta época de barreras al comercio y la migración, los italianos están condenados a llevar permanentemente un nivel de vida más bajo que el de los habitantes de países más favorecidos por la naturaleza. Los fascistas sólo vieron un remedio para esta infortunada situación: la conquista. Eran demasiado estrechos de criterio para comprender que el remedio que recomendaban era falso y peor que el mal. Todavía más, estaban tan completamente ciegos por causa de su engreimiento y vanagloria, que no se daban cuenta de que sus provocativos discursos resultaban simplemente ridículos. Los extranjeros a quienes retaban insolentemente sabían muy bien cuán insignificante era la fuerza militar de Italia.

El fascismo no era un producto original de la inteligencia italiana, como proclamaban sus defensores, pues comenzó por una escisión en las filas del socialismo marxista, que fue una doctrina importada sin lugar a dudas. Su programa económico estaba calcado del socialismo alemán no marxista, y su agresividad, copiada igualmente de los alemanes, concretamente, de los *Alldeutsche* o pangermanistas, precursores de los nazis. La forma de conducir los asuntos públicos era una réplica de la dictadura de Lenin, y el

corporativismo, ese adorno ideológico objeto de tanta propaganda, tenía origen británico. El único ingrediente autóctono del fascismo fue el estilo teatral de sus procesiones, exhibiciones y festivales.

El efímero episodio fascista terminó en sangre, miseria e ignominia, pero las fuerzas que generaron el fascismo no están muertas. El nacionalismo fanático es un rasgo común a todos los italianos de nuestro tiempo. Los que son comunistas no están dispuestos a renunciar a sus principios de opresión dictatorial de todos los disidentes. Tampoco los partidos católicos están a favor de la libertad de pensamiento, de prensa, ni de religión. Hay en Italia sólo poquísimas personas que comprenden que la libertad económica es el requisito indispensable de la democracia y los derechos del hombre.

Es posible que el fascismo resucitará bajo otro nombre, símbolos y gritos de guerra, pero si esto acontece, las consecuencias serán perjudiciales, porque el fascismo no es lo que proclamaron los fascistas, «una nueva vida»^[25] sino un viejo camino hacia la destrucción y la muerte.

VIII

El Nazismo

La filosofía de los nazis, del Partido Nacional Socialista Alemán del Trabajo, es la manifestación más pura y completa del espíritu anticapitalista y socialista de nuestro tiempo. Sus ideas esenciales no tienen origen alemán o «ario», ni son peculiares a los alemanes de la época actual. En el árbol genealógico de la doctrina nazi sobresalieron más que cualquier autor alemán, escritores latinos como Sismondi y Georges Sorel y anglosajones como Carlyle, Ruskin y Houston Stewart Chamberlain. Aun la vestimenta ideológica más conocida del nazismo, la fábula de la superioridad de la raza aria, no era de origen alemán, dado que su autor fue el francés Gobineau. Otros alemanes de ascendencia judía, como Lasalle, Lasson, Stahl y Walter Rathenau, contribuyeron más a los dogmas esenciales del nazismo que hombres como Sombart, Spann y Ferdinand Fried. La fórmula en que los nazis condensaban su filosofía económica, a saber, *Gemeinnutz geht vor Eigennutz* (el bien de la comunidad está por encima de la ganancia privada), es igualmente la idea que sirve al *Neto Deal* americano y a la forma en que los soviets manejan los asuntos económicos. Ella presupone que los negocios que buscan obtener utilidades dañan a los intereses vitales de la gran mayoría y que es

deber sagrado de cualquier gobierno popular, impedir la obtención de ganancias mediante el control público de la producción y la distribución.

El único ingrediente específicamente alemán que tuvo el nazismo, fue su lucha para la conquista de Lebensraum. También este aspecto fue resultado de su conformidad con las ideas que guían la política de los partidos políticos más influyentes de todos los demás países. Estos partidos proclaman la igualdad del ingreso como la cosa principal. Los nazis hacían lo mismo. Lo que los caracterizó fue el hecho de que no estaban preparados a consentir en un estado de cosas en que los alemanes se veían condenados para siempre a vivir «prisioneros», como ellos decían, en una superficie relativamente pequeña y poblada con exceso, en la que la productividad del trabajo tiene que ser menor que en países menos poblados y mejor dotados de recursos naturales. Pretendían una distribución más equitativa de los recursos naturales de la tierra, y como nación carente de ellos, veían la riqueza de las naciones prósperas con el mismo resentimiento con que las masas ven los mayores ingresos de algunos de sus conciudadanos en los países occidentales. Los «progresistas» de los países anglosajones afirman que «la libertad carece de valor» para aquellas personas a quienes lo reducido de sus ingresos coloca en un estado de injusticia. Los nazis decían exactamente lo mismo con respecto a las relaciones internacionales y, en su opinión, la única libertad que importa es la *nahrungsfreiheit* (libertad para no importar alimentos). Su objetivo era adquirir un territorio de tal manera grande y rico en recursos naturales, que pudieran bastarse a si mismos económicamente, con un nivel de vida no inferior al de cualquiera otra gran nación. Se consideraban como revolucionarios que luchaban por sus derechos naturales inalienables, en contra de los intereses creados de una multitud de naciones reaccionarias.

Es fácil para los economistas desbaratar los errores que contienen las doctrinas nazis, pero las personas que desprecian a la economía como «ortodoxa y reaccionaria» y que apoyan fanáticamente los credos espurios del socialismo y del nacionalismo económico, estaban perdidas cuando se trataba de refutarlo, porque el nazismo no era más que la aplicación lógica

de sus propios dogmas a las condiciones especiales de una Alemania comparativamente superpoblada.

Por espacio de más de setenta años los profesores alemanes de ciencia política, historia, derecho, geografía y filosofía, inculcaron ansiosamente a sus discípulos un odio histérico contra el capitalismo, y predicaron la guerra de «liberación» contra el occidente capitalista. Los «socialistas de la cátedra» alemanes, tan admirados en todos los países extranjeros, fueron quienes allanaron el camino a las dos guerras mundiales. Ya al finalizar el último siglo, la inmensa mayoría del pueblo alemán sostenía radicalmente el socialismo y el nacionalismo agresivo. Desde entonces estaban firmemente afiliados a los principios del nazismo y lo que faltaba únicamente, pero que más tarde se agregó, era un nuevo término para designar su doctrina.

Cuando la política soviética de exterminio en masa de todos los disidentes y de violencia despiadada, suprimió las inhibiciones en contra del asesinato al por mayor, que todavía inquietaban a ciertos alemanes, nada pudo detener por más tiempo el avance del nazismo. Esta doctrina se apresuró a adoptar los métodos soviéticos e importó de Rusia el sistema de un solo partido y el predominio de este partido en la vida política; la posición principalísima que se asignó a la policía secreta; los campos de concentración; la ejecución o el encarcelamiento administrativo de todos los contrarios; la exterminación de las familias de los sospechosos y de los desterrados; los métodos de propaganda; la organización de partidos filiales en el extranjero y su utilización a fin de combatir a sus propios gobiernos, así como para llevar a cabo trabajos de espionaje y sabotaje; el empleo de los servicios diplomático y consular para fomentar la revolución; y muchas otras cosas más. En ninguna parte hubo discípulos más dóciles de Lenin, Trotsky y Stalin que los nazis.

Hitler no fue el fundador del nazismo, sino producto de éste. Como la mayoría de sus colaboradores, fue un criminal sádico. Era inculto e ignorante y había fracasado en los primeros grados de la escuela secundaria. Nunca tuvo un trabajo honrado y es fábula que alguna vez haya sido empapelador de paredes. Su carrera militar en la primera guerra mundial

fue más bien mediocre, y al fin de ella se le otorgó la Cruz de Hierro de primera clase, en recompensa de sus actividades como agente político. Era un maníaco poseído de megalomanía. Sin embargo, los profesores eruditos alimentaron su vanidad y Werner Sombart, quien alguna vez hizo alarde de que su vida estaba consagrada a la tarea de combatir en favor de las ideas de Marx ^[26], Sombart, a quien la Asociación Americana de Economía eligió como miembro honorario y a quien muchas universidades no alemanas le confirieron grados honorarios, declaró inocentemente que la Führertum entraña una revelación permanente y que el Führer recibe sus órdenes directamente de Dios, que es el Führer supremo del universo ^[27].

El plan nazi abarcaba más y era, por tanto, más pernicioso que el de los marxistas. Trataba no solamente de abolir el laissez-faire en la producción de bienes materiales, sino también en la producción de los hombres. El Führer no sólo era el director general de todas las industrias; también era el director general del criadero destinado a producir hombres superiores y a eliminar los de calidad inferior. Debía ponerse en práctica un plan grandioso de eugenesia conforme a principios «científicos».

Es en vano que protesten los campeones de la eugenesia que no inspiraron lo que los nazis llevaron a la práctica. La eugenesia busca entregar el control absoluto de la proliferación humana a ciertos individuos, apoyados por el poder de la policía. Sugiere que los métodos que se aplican a los animales domésticos se apliquen a los hombres, y esto precisamente es lo que trataron de hacer las gentes de Hitler. La única objeción que un eugenista serio puede presentar, es la de que su plan difiere del plan de los sabios alemanes, y de que trata de crear otro tipo de hombre diferente al de los nazis. Del mismo modo que todo partidario de la economía dirigida se propone la ejecución de su propio plan únicamente, asimismo todo defensor de la dirección eugenésica busca ejecutar su propio plan y ser el criador de seres humanos.

Los partidarios de la eugenesia pretenden que su finalidad es eliminar a los criminales, pero la calificación de un hombre como criminal depende de las leyes vigentes en un país y varía con el cambio de las ideologías sociales y políticas. Juan Huss, Giordano Bruno y Galileo Galilei eran delincuentes

desde el punto de vista de las leyes que les aplicaron sus jueces. Cuando Stalin robó al Banco de Estado Ruso varios millones de rublos, cometió un delito, pero posteriormente fue delito en Rusia hallarse en desacuerdo con Stalin. En la Alemania nazi eran delito las relaciones sexuales entre los «arios» y los miembros de una raza «inferior». ¿A quién quieren eliminar los eugenistas, a Bruto o a César? Ambos violaron las leyes de su país. Si los eugenistas del siglo XVIII hubieran evitado que los alcohólicos procrearan hijos, su propaganda habría eliminado a Beethoven.

De nuevo debe subrayarse que desde el punto de vista científico, no existe un deber ser. Quiénes son superiores y quiénes inferiores sólo puede decidirse mediante juicios personales de valor, que no son susceptibles de verificación ni tergiversación. Los eugenistas se engañan al suponer que serán llamados a decidir las cualidades que deben conservarse en la raza humana. Son demasiado obtusos para tomar en cuenta la posibilidad de que otras personas pudiesen escoger conforme a sus propios juicios de valor [\[28\]](#). A los ojos de los nazis, el asesino brutal, la «bestia de cabellos rubios», es el modelo más perfecto de la raza humana.

Las matanzas en masa perpetradas en los campos de horror nazis son tan ignominiosas que no pueden describirse adecuadamente por medio de la palabra. Sin embargo, fueron la aplicación lógica y consecuente de las doctrinas y política, que se ostentaban como ciencia aplicada y que fueron aprobadas por algunos hombres que han demostrado talento y capacidad técnica en las investigaciones de laboratorio, en un sector de las ciencias naturales.

IX

Las Enseñanzas de la Experiencia Soviética

Numerosas personas en todo el mundo afirman que el «experimento» soviético ha suministrado pruebas concluyentes en favor del socialismo y refutado todas las objeciones que se han presentado contra él, o cuando menos la mayor parte. Los hechos, alegan, hablan por sí mismos. No es lícito continuar concediendo atención a los falsos razonamientos apriorísticos de los economistas de gabinete que critican los planes socialistas. Un experimento decisivo ha hecho añicos sus errores.

Es necesario, ante todo, darse cuenta de que en el campo de las acciones humanas intencionales y en las relaciones sociales, no pueden, y nunca han podido, hacerse experimentos. El método experimental a que las ciencias naturales deben todas sus realizaciones, es inaplicable en el terreno de las ciencias sociales. Las ciencias naturales están en posición de observar, en el experimento de laboratorio, las consecuencias de un cambio aislado en un elemento solamente, mientras que otros elementos permanecen sin variación. Sus observaciones experimentales se refieren, en último término, a ciertos elementos que se pueden aislar en la experiencia de los sentidos. Lo que las ciencias naturales llaman hechos son las relaciones causales que

aparecen en tales experimentos. Sus hipótesis y sus teorías deben estar de acuerdo con estos hechos.

Pero la experiencia con la cual tienen que ver las ciencias sociales, es de carácter esencialmente diferente. Es la experiencia histórica. Es una experiencia de fenómenos complejos, de los efectos conjuntos que son resultado de la cooperación de una multiplicidad de elementos. Las ciencias sociales nunca están en posición de controlar las condiciones en que se efectúan las variaciones y de aislarlas unas de otras en la forma en que procede el experimentador al arreglar sus experimentos. Nunca disfrutan de la ventaja de observar las consecuencias de un cambio en un elemento únicamente, en tanto que las demás condiciones permanecen iguales. Nunca se enfrentan a hechos, en el sentido en que las ciencias naturales emplean este término, toda vez que cada hecho y cada experiencia con que las ciencias sociales tienen que ver es susceptible de varias interpretaciones. Los hechos históricos y la experiencia histórica nunca pueden probar o refutar una afirmación en forma igual a como un experimento demuestra o refuta.

La experiencia histórica nunca hace comentarios sobre si misma. Necesita ser interpretada desde el punto de vista de teorías que se elaboran sin la ayuda de observaciones experimentales. No es preciso entrar en un análisis epistemológico de los problemas lógicos y filosóficos que esto encierra. Es suficiente con referirse al hecho de que nadie —trátese de hombres de ciencia o de legos— procede nunca de otra manera cuando se ocupa de la experiencia histórica. Cualquier discusión sobre la importancia y significado de los hechos históricos cae pronto en una discusión de principios generales abstractos, que constituyen al antecedente lógico de los hechos que deben dilucidarse e interpretarse. No es posible resolver problema alguno ni contestar cualquier pregunta con sólo hacer referencia a la experiencia histórica. Los mismos acontecimientos históricos y las mismas cifras estadísticas se invocan como confirmación de teorías contradictorias.

Si la historia pudiera demostrar y enseñarnos algo, sería que la propiedad privada de los medios de producción es el requisito necesario de

la civilización y del bienestar material. Todas las civilizaciones, hasta el presente, se han fundado en la propiedad privada y solamente las naciones que han observado el principio de la propiedad privada se han elevado por encima de la pobreza y han producido ciencia, arte y literatura. Carecemos de ejemplos que muestren que cualquier otro sistema social podría ofrecer a la humanidad algunos de los logros de la civilización. Sin embargo, nadie considera esto como una refutación suficiente e incontestable del programa socialista.

Por el contrario, inclusive existen gentes que argumentan en forma precisamente opuesta. Se afirma frecuentemente que el sistema de la propiedad privada está perdido porque era precisamente el sistema que el hombre aplicó en el pasado. Por muy benéfico que haya sido un sistema social anteriormente, dicen, no lo puede ser también en el futuro: una edad nueva exige un nuevo modo de organización social. La humanidad ha alcanzado la madurez y sería perjudicial que se aferrara a los principios a que acudió en las primeras etapas de su evolución. Este es, sin duda, el abandono más radical del experimentalismo. El método experimental puede afirmar: dado que a produjo en lo pasado el resultado b, lo producirá también en el futuro. Nunca debe afirmar: porque a produjo en el pasado el resultado b, está demostrando que no puede producirlo ya por más tiempo.

A pesar de que el hombre no ha tenido experiencia con el modo socialista de producción, los escritores socialistas han construido varios sistemas socialistas que se fundan en razonamientos apriorísticos. Pero tan pronto como alguien se atreve a sujetar al análisis estos proyectos y a someterlos a un escrutinio desde el punto de vista de si son factibles y aptos para fomentar el bienestar humano, los socialistas presentan vehementes objeciones. Estos análisis, afirman, son especulaciones puramente ociosas y apriorísticas. No pueden invalidar la exactitud de nuestras afirmaciones ni la conveniencia de nuestros planes. Estos no tienen carácter experimental, por lo cual primero se debe ensayar el socialismo y entonces los resultados hablarán por si mismos.

Lo que estos socialistas piden es absurdo. Llevada a sus últimas consecuencias lógicas, su idea implica que los hombres no son libres para

refutar, por medio del razonamiento, ningún proyecto que un reformador tenga a bien sugerir, por absurdo, impracticable y contradictorio que sea. Según su modo de ver, el único método admisible para refutar un plan semejante —necesariamente abstracto y apriorístico— consiste en ponerlo a prueba, reorganizando toda la sociedad conforme a sus planes. Tan pronto como algún hombre escoge el plan para un orden social mejor, todas las naciones están obligadas a ensayarlo y a ver qué sucederá.

Aun los socialistas más obcecados no pueden dejar de admitir que existen varios planes incompatibles entre sí, para construir la utopía del futuro. Hay el modelo soviético de la socialización completa de todas las empresas y de su manejo burocrático sin reservas; existe el modelo alemán de la *ziwangswirtschaft*, hacia cuya completa adopción tienden manifiestamente los países anglosajones; tenemos el socialismo gremial, bajo el nombre de corporativismo, todavía muy popular en los países católicos. Hay otras muchas variedades. Los partidarios de la mayor parte de estos proyectos, que compiten unos con otros, afirman que los resultados benéficos que deben esperarse de su propio plan se harán evidentes sólo cuando todas las naciones lo hayan adoptado y niegan que el socialismo implantado en un solo país pueda traer los beneficios que se le atribuyen. Los marxistas declaran que las excelencias del socialismo se manifestarán exclusivamente en «su fase superior», que, según insinúan, sólo aparecerá después de que la clase trabajadora haya pasado «por largas luchas, a través de una serie completa de procesos históricos, que transformarán totalmente tanto las circunstancias como a los hombres».^[29] La inferencia de todo esto es que debemos implantar el socialismo y esperar quietamente durante largo tiempo hasta que lleguen los bienes que promete. Cualesquiera experiencias desagradables que acontezcan en el periodo de transición, por prolongado que sea éste, son incapaces de contradecir la afirmación de que el socialismo es la mejor de todas las formas de organización social que puedan imaginarse. Quien crea, alcanzará la salvación.

¿Pero cuál de los muchos planes socialistas, tan contrarios como son unos de otros, debe adoptarse? Cada secta socialista proclama apasionadamente que su variedad es el único socialismo genuino y que

todas las demás propugnan medidas espurias, completamente perniciosas. Al combatirse unas a otras, las varias facciones socialistas recurren a los mismos métodos de razonamiento abstracto que estigmatizan como vano apriorismo siempre que se aplican contra la exactitud de sus propias declaraciones y la conveniencia y practicabilidad de sus planes. Por supuesto que no existe ningún otro método a que pueda recurrirse. Los errores implícitos en un sistema de razonamiento abstracto, tal como el socialismo, no pueden aplastarse en otra forma que mediante razonamientos abstractos.

La objeción fundamental que se ha presentado contra la practicabilidad del socialismo se refiere a que en él resulta imposible el cálculo económico. Se ha demostrado en forma irrefutable que una comunidad socialista no estaría en condiciones de aplicar el cálculo económico. Donde no existen precios de mercado para los factores de la producción, porque ni se compran ni se venden, no se puede recurrir al cálculo a fin de planear la acción futura y de determinar el resultado de acciones pasadas. Una gestión socialista de la producción simplemente no sabría si lo que proyecta y ejecuta constituye el medio más apropiado de alcanzar los fines que se persiguen. Funcionará como si se encontrara en la obscuridad. Despilfarrará los factores escasos de la producción, tanto materiales como humanos, y el resultado inevitable para todos será el caos y la pobreza.

Los primeros socialistas eran demasiado limitados para percibir este punto esencial. Tampoco los primeros economistas vislumbraron su importancia. Cuando el autor de este libro demostró en 1920 que es imposible el cálculo económico bajo el socialismo, los apologistas de esta doctrina se embarcaron en la tarea de buscar un método de cálculo aplicable al sistema socialista. Fracasaron totalmente en este esfuerzo y fácilmente podría ponerse de relieve lo fútil de todos los artificios que idearon. Aquellos comunistas a quienes no intimidan por completo los verdugos soviéticos, como fue el caso De Trotsky, admitieron sin ambages que no puede pensarse en una contabilidad económica sin relaciones de mercado^[30]. La bancarrota intelectual de la doctrina socialista no puede disfrazarse por más tiempo. No obstante su popularidad sin precedente, el

socialismo está liquidado, supuesto que ningún economista puede ya poner en duda su impracticabilidad. El hecho de profesar ideas socialistas prueba hoy en día una ignorancia completa de los problemas fundamentales de la economía. Las pretensiones de los socialistas son tan insustanciales como las de los astrólogos y los magos.

Con relación a este problema esencial del socialismo, esto es, el cálculo económico, el «experimento» ruso nada vale. Los soviets funcionan dentro de un mundo cuya mayor parte todavía depende de la economía de mercado. Basan los cálculos que les sirven para tomar sus decisiones en los precios establecidos en el extranjero. Sin la ayuda de estos precios, sus actos carecerían de propósito y de plan, pues solamente en tanto que relacionan su economía con este sistema de precios extranjeros se encuentran en posición de calcular, de llevar cuentas y de preparar sus planes. A este respecto se puede estar de acuerdo con la declaración de varios autores socialistas y comunistas, en el sentido de que el socialismo en uno o pocos países todavía no es el verdadero socialismo. Por supuesto que estos autores atribuyen un significado muy diferente a su afirmación, pues quieren decir que las ventajas completas del socialismo sólo pueden lograrse dentro de una comunidad socialista que abarque a todo el mundo. Quienes se encuentran familiarizados con las enseñanzas de la economía deben reconocer, por el contrario, que si el socialismo se aplicara en la mayor parte del mundo traería como resultado precisamente el caos más completo.

La segunda objeción principal que se presenta contra el socialismo es que representa un modo de producción menos eficiente que el capitalismo y que reducirá la productividad de los trabajadores. En consecuencia, en una comunidad socialista el nivel de vida de las masas será más bajo, por comparación con las condiciones reinantes en el mundo capitalista. No hay duda de que esa objeción no ha sido desmentida por la experiencia soviética. El único hecho seguro sobre la situación rusa dentro del régimen soviético, respecto al que todo mundo está de acuerdo, es que el nivel de vida de las masas rusas es muy inferior al de las masas en el país que universalmente se considera como dechado del capitalismo, los Estados

Unidos de América. Si quisiéramos considerar al régimen soviético como un experimento, tendríamos que decir que el experimento ha demostrado claramente la superioridad del capitalismo y la inferioridad del socialismo.

Es verdad que los defensores del socialismo se empeñan en interpretar el bajo nivel de vida ruso en forma diferente. Como ven las cosas, este nivel no lo provocó el socialismo, sino que a pesar del socialismo, es resultado de otras causas. Se refieren a varios factores, v.g., a la pobreza de Rusia bajo los zares, a los efectos desastrosos de las guerras, a la supuesta hostilidad de las naciones capitalistas democráticas, al pretendido sabotaje de los restos de la aristocracia rusa, de la burguesía y de los kulaks. Parece innecesario entrar al examen de estos asuntos, porque no pretendemos que determinada experiencia histórica pueda demostrar o refutar una afirmación de carácter teórico, en la forma en que un experimento decisivo puede verificar una afirmación relativa a hechos naturales o establecer que es falsa. No son los críticos del socialismo, sino sus fanáticos partidarios, los que sostienen que el «experimento» soviético demuestra algo con respecto a los efectos del socialismo. Sin embargo, lo que en realidad están haciendo al referirse a los hechos manifiestos e indiscutibles de la experiencia rusa, es eliminarlos mediante tretas inadmisibles y silogismos engañosos. Desconocen los hechos evidentes al comentarlos en forma de negar la relación e importancia que tienen para la cuestión por esclarecer.

Vamos a suponer, en obvio de discusiones, que su interpretación sea correcta. Aun así sería absurdo afirmar que el experimento soviético ha demostrado la superioridad del socialismo. Lo más que se podría decir es que el hecho de que el nivel de vida de las masas sea bajo en Rusia no proporciona una prueba concluyente de que el socialismo sea inferior al capitalismo.

Si hacemos una comparación con los experimentos que se realizan en el campo de las ciencias naturales es posible que consigamos esclarecer el problema. Un biólogo quiere probar un nuevo alimento patentado y con ese objeto lo da a comer a determinado número de conejillos de Indias. Estos animales pierden peso y al final mueren. El experimentador cree que el desmejoramiento y muerte de los conejillos no los provocó el alimento

patentado, sino que los causó una neumonía accidental. Sería absurdo, sin embargo, que el experimentador proclamara que su experimento había demostrado el valor nutritivo del compuesto, porque el resultado desfavorable debe atribuirse a acontecimientos accidentales, no vinculados causalmente con el experimento que se realizó. Lo más que podría sostener es que el resultado del experimento no fue concluyente, que no prueba nada en contra del valor nutritivo del alimento objeto de la prueba. Podría afirmar que las cosas siguen en el mismo estado que si no se hubiera hecho experimento alguno.

Aun si el nivel de vida de las masas rusas fuera mucho más elevado que el de los países capitalistas, no tendríamos una prueba concluyente de la superioridad del socialismo. Puede aceptarse que el hecho indiscutido de que el nivel de vida en Rusia es menor que en el Occidente capitalista, no evidencia en definitiva la inferioridad del socialismo. Pero es nada menos que idiota declarar que la experiencia rusa ha comprobado la superioridad del control público sobre la producción.

Tampoco prueba la preeminencia del socialismo el hecho de que los ejércitos rusos, después de haber sufrido muchas derrotas, hayan podido, finalmente, ayudar a los americanos —con armamentos manufacturados por los grandes negocios de Estados Unidos y donados a los rusos por los contribuyentes americanos— en la conquista de Alemania. Cuando las fuerzas británicas tuvieron que sufrir un revés temporal en Africa del Norte, el profesor Harold Laski, el más radical defensor del socialismo, se apresuró a proclamar el fracaso definitivo del sistema capitalista. Pero no tuvo la congruencia suficiente para interpretar la conquista de Ucrania por los alemanes como el fracaso definitivo del socialismo ruso. Tampoco se retractó de su condenación del sistema británico cuando su país salió victorioso de la guerra. Si los sucesos militares han de considerarse como prueba de la excelencia de cualquier sistema social, tales acontecimientos prueban más bien en favor del sistema americano que en pro del sistema ruso.

Nada de lo que ha sucedido en Rusia desde 1917 contradice ninguna de las afirmaciones de los críticos del socialismo y el comunismo. Aun si

funda uno su propio juicio en los escritos de comunistas y propagandistas, exclusivamente, no puede descubrir en las condiciones rusas circunstancia alguna que hable a favor del sistema social y político de los soviets. Todos los adelantos tecnológicos de las últimas décadas se originaron en los países capitalistas. Y aunque es cierto que los rusos han tratado de copiar algunas de estas innovaciones, lo mismo han tratado de hacer los pueblos atrasados del Oriente.

Algunos comunistas están interesados en hacernos creer que la cruel opresión que sufren los disidentes y la abolición radical de la libertad de pensamiento, palabra y prensa, no son rasgos inherentes al control del comunismo, su rúbrica en un país que nunca gozó de libertad de pensamiento ni de conciencia, como fue el caso de Rusia. Sin embargo, estos apologistas del despotismo totalitario no saben cómo explicar la forma en que podrían salvaguardarse los derechos del hombre bajo un gobierno omnipotente.

En un país donde las autoridades son libres para expatriar a quienquiera que les desagrada, ya sea a las regiones árticas o al desierto, y donde se le puede destinar a trabajos forzados durante toda la vida, la libertad de pensamiento y de conciencia resultan una farsa. El autócrata puede siempre tratar de justificar los actos arbitrarios de esta especie, con la excusa de que los motivan exclusivamente consideraciones de bienestar público y de conveniencia económica. El es el árbitro único y supremo que decide todos los asuntos relacionados con la ejecución del plan. La libertad de prensa es mera ilusión cuando el gobierno es propietario y director de todas las fábricas de papel, las imprentas y las casas editoriales, y el que decide, en última instancia, qué debe y qué no debe imprimirse. El derecho de asociación se frustra si el gobierno es el propietario de todos los lugares de reunión, y si tiene la facultad de determinar para qué propósitos pueden utilizarse. Lo propio ocurre en el caso de todas las demás libertades. En uno de sus intervalos lúcidos, Trotsky —naturalmente el Trotsky perseguido en el destierro y no el comandante implacable del Ejército Rojo— vio las cosas de forma realista y declaró: «En un país en donde el único patrón es el Estado, la oposición equivale a una muerte lenta por inanición. El viejo

refrán de que el que no trabaja no come, ha sido substituido por otro: el que no obedece no come»^[31]. Esta confesión pone punto final a la discusión.

Lo que enseña la experiencia rusa es un nivel de vida muy bajo en las masas y un despotismo dictatorial sin límites. Los apologistas del comunismo están resueltos a explicar estos hechos indiscutidos como resultado de circunstancias puramente accidentales; no son fruto del comunismo, dicen, sino que han ocurrido a pesar de él. Más aun en el caso de que aceptáramos esta excusa en obvio de argumentación, carecería simplemente de sentido sostener que el «experimento» soviético ha demostrado cosa alguna en favor del comunismo y el socialismo.

X

El Pretendido Carácter Inevitable del Socialismo

Muchas personas creen que el advenimiento del totalitarismo es inevitable. La «corriente del futuro», aseguran, «conduce a la humanidad inexorablemente hacia un sistema en el que todos los asuntos humanos deben ser dirigidos por dictadores omnipotentes. Es inútil luchar en contra de los dictados insondables de la historia».

La verdad de las cosas es que la mayor parte de las gentes carece de la capacidad intelectual y de la entereza necesarias para resistir un movimiento popular, por pernicioso y poco meditado que sea. Bismarck deploró alguna vez la falta de lo que llamó valor civil, es decir, de la resolución de sus compatriotas para enfrentarse con asuntos de carácter cívico. Sin embargo, tampoco los ciudadanos de otros países mostraron mayor valor ni sensatez ni mayor juicio, al verse ante la amenaza de la dictadura comunista, pues se sometieron en silencio o tímidamente presentaron objeciones por completo insignificantes.

No se lucha contra el socialismo criticando solamente algunos rasgos accidentales de sus planes. No se refuta dicha doctrina al atacar la postura de muchos socialistas en materia de divorcio o de control de la natalidad o sus ideas acerca del arte y la literatura. Tampoco basta con reprobar afirmaciones marxistas en el sentido de que la teoría de la relatividad o la

filosofía de Bergson o el psicoanálisis son música celestial «burguesa». Quienes no hallan otra falta en el bolchevismo y el nazismo que sus inclinaciones anticristianas, implícitamente refrendan todo el contenido restante de estos planes sangrientos.

Por otro lado, es una consumada estupidez elogiar los regímenes totalitarios por pretendidas hazañas que no tienen absolutamente relación alguna con sus principios políticos y económicos. Es discutible si las observaciones relativas a que en la Italia fascista los ferrocarriles corrían a tiempo y a que las camas de los hoteles de segunda clase estuvieron menos plagadas de insectos, fueron exactas; pero sea lo que fuere de ellas, carecen de importancia respecto al problema del fascismo. De igual modo, las películas rusas, así como la música rusa y el caviar, son motivo de arrobamiento entre los propagandistas del comunismo, no obstante que músicos más destacados han florecido en otros países y bajo sistemas sociales diferentes. También en otros países se producen buenas películas y ni duda cabe de que en el haber del generalísimo Stalin no puede inscribirse el hecho de que el sabor del caviar sea tan delicioso. Tampoco lo bonito de muchas bailarinas de ballet ruso o la construcción de una gran planta de energía eléctrica en el río Dnieper son suficientes para disculpar la matanza en masa de los kulaks.

Los lectores de revistas sobre películas y los aficionados al cinematógrafo suspiran por lo pintoresco. Las marchas teatrales de los fascistas y nazis y los desfiles de los batallones de mujeres del ejército rojo son la clase de espectáculos que les gustan. Divierte más escuchar los discursos de un dictador que transmite el radio, que estudiar los tratados de economía política. Los empresarios y tecnólogos que preparan el camino para el mejoramiento económico trabajan encerrados; su trabajo no es propio para ser visto en la pantalla. Pero los dictadores, dispuestos a extender la muerte y la destrucción, están a la vista del público en forma espectacular, y ataviados en traje militar eclipsan, a los ojos de los concurrentes al cinematógrafo, al opaco burgués vestido con la ropa de todos los días.

Los problemas de la organización económica de la sociedad no son adecuados para las conversaciones ligeras en las reuniones elegantes en que se toman cocktails. Tampoco se pueden ocupar de ellos convenientemente los demagogos que arengan a las masas. Se trata de asuntos serios que requieren un estudio concienzudo y que no se deben tomar con ligereza.

La propaganda socialista nunca ha encontrado una oposición decidida. La crítica devastadora por medio de la cual los economistas exhibieron la ineficacia e impracticabilidad de los planes y doctrinas socialistas no llegó a las esferas que plasman la opinión pública. Las universidades están dominadas, en su mayor parte, por pedantes socialistas e intervencionistas, no sólo en la Europa continental, en donde esos centros del saber pertenecen a los gobiernos, quienes los administran, sino también en los países anglosajones. Los políticos y los estadistas, ansiosos de mantener su popularidad, se mostraron tibios en la defensa que hicieron de la libertad. La política de apaciguamiento, tan aplaudida cuando se aplicó al caso de los nazis y fascistas, se practicó universalmente durante varias décadas en el caso de todas las demás sectas del socialismo. El derrotismo fue la causa de que las nuevas generaciones crean que la victoria del socialismo es inevitable.

No es verdad que las masas pidan con vehemencia el socialismo y que no haya medios para resistirlas. Las masas están a favor del socialismo porque confían en la propaganda socialista de los intelectuales.

Son éstos y no el populacho quienes forman la opinión pública. Es torpe la excusa que dan los intelectuales de que deben ceder ante la insistencia de las masas, porque son ellos mismos quienes han generado las ideas socialistas y adoctrinado con ellas a esas masas. Ningún proletario ni hijo de proletarios ha contribuido en algo para elaborar los programas del intervencionismo y del socialismo, ya que todos sus autores son de extracción burguesa. Los escritos esotéricos del materialismo dialéctico, de Hegel, el padre tanto del marxismo como del agresivo nacionalismo alemán, de Georges Sorel, de Gentile y de Spengler, no han sido leídos por el hombre común y no son ellos los que han movido directamente a las masas. Fueron los intelectuales los autores de su popularización.

Los directores intelectuales de los pueblos han producido y propagado los errores que están a punto de destruir para siempre la libertad y la civilización occidental. Ellos, y únicamente ellos, son los responsables de las matanzas en masa que caracteriza a nuestro siglo y solamente ellos pueden volver a invertir esta tendencia y escombrar el camino para la resurrección de la libertad.

El curso de los asuntos humanos no lo determinan las «fuerzas productivas materiales» míticas, sino la razón y las ideas. Lo que se necesita para detener la tendencia hacia el socialismo y el despotismo es sentido común y entereza moral.



Ludwig Heinrich Edler von Mises (Lemberg; 29 de septiembre de 1881 - Nueva York, 10 de octubre de 1973) fue un economista austriaco, historiador, filósofo y escritor liberal que tuvo una influencia significativa en el moderno movimiento libertario y en la Escuela Austriaca.

Es considerado por muchos como uno de los mejores economistas de todos los tiempos, al haber propuesto que la economía dependía de la acción humana, la espontaneidad y el conocimiento disperso, haciendo que el resultado económico de la sociedad sea una mezcla de todas las interacciones humanas en libertad. Planteó además lo perjudicial del poder e intervención gubernamentales en la economía que, según su teoría, por lo general llevan a un resultado distinto al natural y por esto muchas veces perjudicial para la sociedad, ya que generan caos en el largo plazo.

Entre los títulos del autor destacan: *Teoría del dinero y el crédito*(1912), *Nación, Estado y economía*(1919), *Socialismo*(1922), *Liberalismo*(1929), *Burocracia*(1944), *Acción Humana*(1949), *Teoría e Historia*(1957).

Notas

[1] Sidney Webb en *Fabian Essays in Socialism*, publicada por primera vez en 1889. Edición americana, Nueva York, 1891, p. 4.

[2] Cf. G. M. Trevelyan, *A Shortened History of England*, Londres, 1942, p. 510.

[3] Elmer Roberts, Monarchical Soccialism in Germany, Nueva York, 1913.

[4] *Zwang* significa compulsión, *wirtschaft* economía. El equivalente español de la expresión empleada en el texto es algo así como economía de compulsión.

[5] Cf. Wesley C. Mitchell, *The Social Science and National Planning* (en «Planned Society», ed. por Findlay Mackenzie, Nueva York, 1937), p. 112.

[6] Cí. Laski, *Democracy in Crisis*, Chapel Hill, 1933, págs. 87 y 88.

[7] Cf. Sidney y Beatriz Webb, *Soviet Communism: A New Civilization*, Nueva York, 1936, Vol. II, págs. 1038 y 1039.

[8] Ci. T. F. Crowther, *Social Relations of Science* (Londres, 1941). p. 333.

[9] Véase la colección de estos convenios, publicados por la Oficina Internacional del Trabajo bajo el título de Convenios Internacionales para el Control de Mercancías. Montreal, 1943.

[10] Marx, Das Capital (7a. ed. Hamburgo, 1914), Vol. I, p. 728.

[11] Marx, Zur Kritik der politischen Ökonomie, ed. por Kautsky (Stuttgart, 1897), p. XI.

[12] Ibidem, p. XII.

[13] Cf. Marx, Der Bürgerkrieg in Frankreich. ed. por Pfemfert, Berlín, 1919, pág. passim.

[14] Marx, Value, Price and Profit, editada por Eleanor Marx, Aveling (Nuera York, 1901), págs. 72 - 74.

[15] Cf. *Blueprint for World Conquest as Outlined by the Communist International*, Human Events, Washington y Chicago, 1946, págs. 181-2.

[16] Cf. David J. Dalling, *The Real Soviet Russia*, Yale University Press, 1914, págs, 88-95.

[17] Pío XII (1939-1958)

[18] Radiotransmisión de Noche Buena, New York Times, diciembre 25, 1941.

[19] La anexión de Cárpatos-Rusia da el mentís más rotundo a su hipócrita indignación con motivo de los pactos de Munich de 1938.

[20] Los disturbios de Hölz fue un levantamiento comunista en Alemania (marzo de 1921 en Mansfeldischen), liderado por el veterano de la I Guerra Mundial Max Hölz (1889-1933). Hölz fue condenado a cadena perpetua en consecuencia, se le concedió la amnistía en 1928 y dejó Alemania para ir a la Unión Soviética.

[21] Cf. Mises, *Bureaucracy*, Yale University Press, 1944.

[22] Benda, La trahison des clercs, París, 1927.

[23] Stahlhelm era una asociación de veteranos alemanes de la Segunda Guerra Mundial, creada en 1918. Cagouards eran miembros de una organización terrorista secreta francesa de extrema, los Cagoule. Fue responsable de varios asesinatos de los socialistas y los italianos antifascistas y colaboró con los nazis y el gobierno francés de Vichy durante la Segunda Guerra Mundial.

[24] Este programa está impreso en inglés, en el libro del conde Carlos Sforza: *Contemporary Italy* (traducido por Drake y Denise de Kay, Nueva York, 1944), págs. 295-296.

[25] Comp. por ejemplo, Mario Palmieri, *The Philosophy of Fascism*, Chicago, 1936, p. 248.

[26] Sombart, Das Lebenswerk von Karl Marx, Jena, 1909, p. 3.

[27] Sombart, *A New Social Philosophy*, traducida y editada por K. F. Geiser (Princeton University Press, 1937), p. 194.

[28] Cf. La Critica devastadora de la eugenesia de H. S. Jennings, *The Biological Basis of Human Nature*, Nueva York, 1930, págs. 223-252.

[29] Marx, Der Bürgerkrieg in Frankreich, ed. Pfemfert (Berlin, 1919), p.54.

[30] Cf. Hayek, *Individualism and the Social Order* (Chicago University Press, 1948), págs. 89-91.

[31] Citado por Hayek en *The Road to Serfdom*, 1944, Capítulo IX.